



BOLSIBROS

EASA

TERROR



Kelton McLatire

NOCHE DE PESADILLA

NOCHE DE PESADILLA

Kelltom McIntire



BOLSILIBROS
EASA

EASA TERROR 192

© KELLTOM MCINTIRE
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero

I. S. B. N. 84-06-023848
Depósito legal: M. 8.290— 1980
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

TERROR 6



Capítulo 1

JEAN estaba de morros aquella noche. Habíamos ido a cenar a «Bianchi» un lujoso restaurante italiano, y ella se había disparado señalando los platos más caros y sofisticados de la carta.

—Elige algo más modesto, querida —aconsejé en voz baja—. Mi presupuesto para las cenas semanales no da para tanto.

Arrugó el ceño, frunció la boquita con ese rictus feroz que se le pone cuando alguien la irrita hasta el paroxismo.

—¡Roñica! —exclamó, conteniendo sus deseos de gritar.

Me sentí muy violento.

—Lo siento, Jean. Sólo soy un inspector de policía y mi sueldo es modesto. Además, ya sabes que estoy pagando el apartamento de Green Forest. Tengo unas pocas libras para terminar el mes.

Refunfuñó aún por unos minutos. Gruñendo entre dientes, eligió un menú más barato, pero igualmente abundante.

Nunca he podido explicarme cómo aquella deliciosa criatura de veintidós años, un metro setenta de estatura, brillantes cabellos negros, ojos rasgados y enigmáticos y preciosa dentadura —maravilloso cuerpo proporcionado aparte— podía pesar sólo cincuenta y cinco kilos.

Porque lo cierto era que Jean poseía una salud envidiable, disfrutaba de un apetito fuera de serie y gozaba del estómago más resistente de las Islas Británicas.

Trabajaba como modelo. Bueno, no era exactamente lo que podría entenderse por una modelo profesional. Trabajaba en los talleres de confección «Richard T. Mayard» y las sastras y modistas utilizaban su escultural anatomía para probar sus creaciones.

Su sueldo en «Mayard» era un poco más bajo que el mío, pero gastaba una parte considerable del mismo en preparar succulentos platos y enigmáticas recetas a base de grasas y aceites que, milagrosamente, no afectaban para nada a su peso ni a su deliciosa figura.

Ella me había puesto un apodo familiar, un tanto ácido: «Stingy»¹, pero yo me vengaba llamándola en la intimidad «Glutty»².

Aquella noche, yo estaba tomando ya una copa de brandy, cuando «Glutty» despachaba con lenta meticulosidad un pedazo de cordero asado. Fue entonces cuando el mozo que nos servía me trajo el recado:

—¿Señor Derrick? Le llaman por teléfono.

Me disculpé con «Glutty» y fui a la cabina telefónica instalada en el vestíbulo de «Bianchi».

—Kent Derrick al habla —dije, tras tomar el auricular depositado sobre la tablita anexa al teléfono.

—¡Por fin! —dijo alguien con un jadeo bronquítico—. Inspector Derrick, soy...

—... no es necesario que lo diga: el sargento Gulk, de Downpolks —le había reconocido inmediatamente por su característico jadeo asmático que, curiosamente, sólo le afligía cuando Gulk se sentía hondamente preocupado.

—En efecto, señor, soy Gulk —dijo, tras un seco carraspeo—, Y tengo un tremendo problema.

Fastidiado, respondí:

—Está bien, dígame.

—Pues éste es el caso: acabamos de recibir una llamada de la granja de Tim Doole. Una denuncia. Al parecer...

El sargento Gulk sufrió un ataque de tos nerviosa. Aunque me sentía especialmente molesto porque me hubieran importunado en plena cena con mi deliciosa Jean «Glutty» Lamport, hice acopio de paciencia.

—Cálmese, hombre. ¿Es algo grave? ¿Un caso de emergencia? —indagué mientras se recuperaba. (Miré a través de la puerta cristalera: «Glutty» me observaba desde el comedor. En aquellos momentos se llevaba a la boca una voluminosa porción de sabrosa «pizza alla napoletana»).

—No lo sé, inspector. Desde luego envié enseguida a Bob Welley, mi agente motorista. Lo peor es que no entiendo el motivo de la denuncia planteada por Doole. *Dijo que un cocodrilo* había atacado a su hijo Angus, de siete años...

—¿Un cocodrilo en Downpolks?! —chillé, indignado.

Mi indignada sorpresa tenía su razón de ser. Downpolks está situado en la zona occidental de Inglaterra. Es una comarca pantanosa y húmeda, llena de ciénagas, canales y marjales, pero que yo supiera jamás se habían criado cocodrilos en las charcas de aquella zona.

De todas formas, aunque yo pertenecía a la ciudad de Wendham, de unos cuarenta mil habitantes, Downpolks estaba integrada en nuestra jurisdicción y el sargento Gulk solía solicitar nuestra ayuda cuando se encontraba en un apuro. (Y esto, ¡divina providencia!, solía menudarse más de lo que los policías de Wendham hubiéramos deseado).

—Eso fue lo que Doole declaró repetidas veces, inspector —insistió mi comunicante—. Hablaba muy agitado (su esposa dijo que Tim había sufrido un ataque de nervios cuando el pequeño Angus llegó ensangrentado y contó su historia).

—¿Qué historia? —me atreví a preguntar.

—La del cocodrilo —declaró Gulk con palmaria sencillez.

En el comedor, «Glutty» comenzaba a impacientarse. Y no es que no tuviera nada con lo que entretenerse: estaba paladeando una

monumental ración de macedonia de frutas con helado *tutti frutti*.

—Vamos a ver si nos entendemos — pronuncié lentamente, derrochando paciencia—, Explíqueme todo eso del cocodrilo, sargento Gulk.

—Es una historia condenadamente larga y complicada y ya sabe que yo no tengo una extraordinaria facilidad de palabra

—Gulk hizo una pausa para toser tan ruidosamente que tuve que apartar el auricular de mi oído.

—¿Y bien? — inquirí, cuando supuse dominado el acceso de tos de Barry Gulk.

—¿No podría trasladarse en un momento a Downpolks, señor? — pidió el sargento con voz suplicante.

Me exasperé.

Sin embargo, Gulk era un hombre honesto, bondadoso y exageradamente amable y cumplidor de las leyes. Su embarazo me movió a compasión y... claudiqué.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Y procure estar esperándome en su puesto de policía —dije.

Los asmáticos jadeos de Gulk se esfumaron como por obra de brujería.

—¡Magnífico, señor! —respondió satisfecho—. Estaré esperándole en la puerta.

Colgué y volví al salón. «Glutty» estaba dando fin a su banquete.

Saqué diez libras del billetero y las dejé sobre la mesa. Jean me dirigió una lenta y fría mirada de los pies a la cabeza y viceversa.

—¿Qué es esto, adónde vas? —gruñó, conteniendo la ira que anunciaba ya en sus ojos oscuros con un destello peligroso.

—Lo siento sinceramente, querida, pero acaban de llamarme de Downpolks. Un asunto urgente. He de trasladarme allí

—fui rápidamente al perchero del fondo del salón y recogí mi gabardina y mis guantes.

La besé fugazmente en la mejilla, pero ella no respondió a mi caricia.

—Buenas noches, Jean. Espero que hagas una excelente digestión... como de costumbre —le deseé finamente—. ¿Nos veremos mañana?

Di media vuelta y me alejé.

Pero ella se puso en pie airadamente y me siguió.

—«Stingy» —murmuró con voz tempestuosa—. La nota que hay en ese platito asciende a catorce libras y cinco chelines. ¡No imaginarás que yo voy a pagar el resto...! ¡Fuiste tú quien me propuso esta cena!

—Pon esas cuatro libras y pico — respondí, sosegadamente—. Te las pagaré en cuanto cobre.

Y seguí aprisa hacia el vestíbulo.

Pero Jean me detuvo allí. Parecía mentira que una mujer tan delgada, esbelta y elegante pudiera tener tanta fuerza, pero lo cierto es que sus uñas se clavaron en mi brazo derecho con dureza y me vi obligado a detenerme, en contra de mi voluntad.

Sus ojos latinos —la madre de Jean era italiana, nada menos que de Palermo (Sicilia) — arrojaban llamaradas.

—«Stingy», tú sabes que vivo con mi hermana Silvana. Y que el esposo de Silvana se llama Andrea y es tremendamente puritano, chapado a la antigua. Será capaz de asesinarte si llego tarde y... sola. Si cojo el autobús, no llegaré a Goorband antes de las once y media.

Logré desprender sus preciosos dedos de mi brazo y alisé la manga de mi gabardina.

—Esto tiene solución, querida —sonreí—. Sólo tienes que tomar un taxi y en veinte minutos estarás en el dulce hogar que dirige tu dulce cuñado, el siciliano Andrea Paggio. Buenas noches, «Glutty». Abrígate: la noche está endiabladamente fría e inclemente.

Pronunció entre dientes una maldición en italiano. Y seguidamente dijo con voz sofocada:

—¡«Stingy»! Un día de éstos... te mataré.

Por mi parte, agité la mano en alto y salí.

En la puerta estaba mi pequeño pero eficaz «Morris-L300». Abrí la portezuela con urgencia —estaba diluviando— y me dejé caer tras el volante.

El motor del coche tardó casi un minuto en arrancar, pero enseguida rugió alegremente. Puse los limpiaparabrisas en la velocidad más rápida, di a los faros y arranqué despacio.

En realidad, viajar hasta Downpolks era un paseo... en una tarde soleada y apacible. La distancia que separaba a Downpolks de Wendham sólo era de unos veintiún kilómetros, fáciles de recorrer de día y con la carretera seca. Pero cuando llovía, las alcantarillas y puentes situados bajo el firme solían atorarse con ramas, pasto y hojarasca y aluviones torrenciales cruzaban la carretera aquí y allá, haciendo poco menos que imposible el tránsito de vehículos.

Por otra parte, el delco de mi coche tenía una decidida propensión a acatarrarse, y entonces era preciso esperar un buen rato hasta que el calor del bloque evaporaba el agua que se introducía en él, salpicada por los neumáticos.

Por fortuna, atravesé Wendham sin novedad y alcancé la carretera de Downpolks antes de que mi automóvil comenzase a presentar los clásicos síntomas del gripazo invernal: una brusca bajada en el régimen de revoluciones del motor, tirones, jadeos...

Encendí un cigarrillo en cuanto estuve en la carretera y pedí con unción que la lluvia no arreciase. Conducía apenas a setenta kilómetros por hora y esperaba llegar a Downpolks en unos veinte

minutos.

Mi leal «Morris-L300» no me decepcionó en esta ocasión, y así, a las nueve de la noche me detenía ante el cuartelillo del sargento Gulk, que, como había prometido, me aguardaba a la puerta del puesto de policía.

Detuve el motor y salí. Corrí sin titubeos hasta guarecerme en el cuartel.

—Endiablado tiempo, ¿no es cierto, señor? —comentó Gulk, tras estrechar mí mojada mano—. Pase, pase, por favor. Le serviré un jerez enseguida. En mi despacho hay una buena estufa.

Era un tipo excelente, siempre amable y delicado. Muy corpulento, pelirrojo, mofletudo, pecoso y luciendo un gran mostacho del mismo color que sus lacios cabellos, Barry

Gulk derrochaba simpatía y hospitalidad. En la misma proporción que carecía de talento.

Tomamos un sorbo de jerez en su acogedor aunque humilde despacho. La estufa de carbón, enrojecida, calentaba de firme.

Encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar las explicaciones del sargento, que acababa de ofrecerme la mejor silla de su despacho.

—Las heridas del pequeño Angus Doole carecen de verdadera importancia —declaró Gulk—. Lo he sabido por boca del doctor Maugham, que acaba de marcharse de aquí hace unos minutos. Como recordará, el doctor Maugham es el médico de Downpolks. Le pedí que fuera a la granja de los Doole para atender a Angus...

—Dice que las heridas son leves —observé, sacudiendo la ceniza de mi cigarrillo en el cenicero de cobre de Gulk.

—Así es. Pero el doctor puso un par de inyecciones al hijo de Doole, por si acaso.

—¡No me diga que Maugham cree esa historia del cocodrilo...! —exclamé, escéptico.

—No lo sé —el policía se atusó el rebelde mostacho rojizo—. Pero me habló de Ted Brown.

—¿Brown?

—Un feriante. Tiene un viejo camión. En el verano, suele exhibir un viejo caimán y un par de tortugas en las ferias pueblerinas...

—Ajá. ¿Sospecha que el caimán de Brown pudo escapar, vagar por ahí y atacar al chico de Doole? —indagué.

Terminé mi copa de jerez y Gulk se apresuró a llenármela. De paso llenó también la suya, que había bebido de un trago. (Sus mejillas y su nariz, de un color bermejo intenso, le acreditaban como un rendido admirador de los fragantes caldos de Jerez).

—Lo consideraré una posibilidad —respondió el sargento, tras probar con expresión arrobada un largo sorbo de vino de su copa.

Yo también bebí. El tiempo desapacible, invitaba más a

permanecer en el abrigado despacho de Gulk, con la amable compañía del sargento y la no menos entrañable de su botella de excelente jerez, pero el sentido del deber se impuso.

—Supongo que no ha hecho venir a Tim Doole a su despacho... —insinué.

—El doctor Maugham me dijo que Tim se encontraba bajo los efectos de un intenso ataque de nervios y que era aconsejable dejarle descansar en su casa; Pero yo había pensado que ambos nos acercásemos a su granja, inspector. No, por supuesto, en su coche nos sería imposible llegar hasta allá. Utilizaremos mi «Land-Rover», si tiene la amabilidad de acompañarme.

Dentro estaba la candente estufa, el sillón confortable y el jerez. Fuera la lluvia, las ráfagas de viento, el barro y la oscuridad.

—Vamos cuanto antes —me decidí.

Gulk tomó el auricular de su teléfono y se disculpó con una tímida sonrisa.

—Gladys, mi esposa. Voy a llamarla para que no se alarme, si tardamos —me explicó.

Terminé mi copa y me puse en pie, mientras el sargento se Comunicaba con su inefable Gladys, mujer obesa pero frondosa, a la que yo había conocido un año atrás.

Gulk tomó un chaquetón de cuero del perchero y me invitó a salir. Fuera, la lluvia había arreciado considerablemente y rachas violentas de gotitas cruzaban casi horizontalmente bajo las lámparas que iluminaban precariamente la calle.

Subimos al «Land-Rover» de Gulk, estacionado en un callejón próximo, y ofrecí un cigarrillo al sargento, que éste agradeció con un gesto.

Poco después rodábamos hacia el sur a través de un camino completamente enfangado. Por fortuna, el resistente automóvil atravesaba fácilmente los regatos y se atrevía bravamente con los más profundos lodazales, lo cual no evitaba su continuo y violento traqueteo, que nos mantenía al sargento y a mí en continuo movimiento.

Cruzamos un puente sobre un canalillo, descendimos una resbaladiza pista de quinientos metros y los faros del coche iluminaron una ancha ciénaga. Miré la verdosa y agitada superficie con recelo. ¿No se ocultaría allí el cocodrilo que había atacado al tierno Angus Doole...?

Reí entre dientes y Gulk me dirigió una furtiva mirada de asombro.

Luego el coche elevó surtidores de agua marrón al bordear el pantano y al fin ascendimos hacia las colinas.

Todavía nos tocó vadear —esa sería la palabra más o menos— la

embravecida corriente de un caudaloso torrente que iba a verter sus aguas a algún lugar oscuro e invisible.

Luego, tras un recodo del camino, ya más enjuto, descubrimos la mole oscura de la granja Doole. Un gran galpón, un alto pajar y una rústica vivienda unida a estos edificios en su ala sur.

Gulk frenó lo más cerca posible de la casa y un hombre salió a recibirnos. Al principio nos llevamos un regular susto, pues su aspecto infundía pavor. Estaba cubierto de lodo a medio secar desde las botas hasta el casco de motorista y sus facciones eran difícilmente escrutables.

Cuando bajamos reconocí al corpulento motorista de Gulk, el bonachón de Bob Welley, un individuo de casi dos metros de estatura, tan grueso y compacto como un barril de cerveza.

No me atreví a ofrecerle la mano (las dos suyas estaban manchadas de lodo), pero le golpeé la espalda que era el único lugar de su cuerpo medianamente seco e impoluto.

—¿Qué tal, Welley?

—Maldita noche, ¿no es cierto, inspector? —respondió con su grueso vozarrón, y nos acompañó al hogar de los Doole.

Había una chimenea ardiendo alegremente, con dos hermosos leños de roble y un caldero humeante que colgaba de una cadena. A la derecha, sentado en un escabel muy bajo, se encontraba Tim Doole. Tenía una botella de whisky al lado y su semblante rollizo tenía un sospechoso tinte rojizo. (Al parecer su gruesa esposa le había recomendado unos tientos a la botella como remedio casero contra el exceso de nervios).

Glenda, el ama de casa, trajinaba en un fogón, pero se volvió hacia nosotros al vernos entrar. Parecía verdaderamente asustada. Por fin, a la izquierda, y atiborrándose de galletas, estaba el rey de la casa, el protagonista de la jornada, un pecoso y vivaracho Angus Doole. Tenía una pierna vendada y parecía muy satisfecho de contar con las atenciones de su rechoncha y complaciente madre.

Después de los saludos, nos ofrecieron escabeles y unas tazas de porcelana, en las que Tim Doole se empeñó, en verter algo de su whisky.

Bebimos. Luego, mientras fumábamos y volvíamos a beber, abordamos el asunto.

—Bien... ¿Qué hay de verdad en todo eso de la historia del cocodrilo? —preguntó Gulk, adivinando mi intención de poner en claro aquel asunto.

Glenda Doole prorrumpió en un sollozo.

Temblaba como un flan y su mofletudo rostro brilló pronto por efecto de las abundantes lágrimas que manaban de sus pequeños ojos, poblados de pestañas casi albinas. (Angus, sin embargo, parecía

enormemente divertido).

Cuando logramos tranquilizarla, Glenda prorrumpió en aspavientos.

—¡Mi pobre Angus, mi hijito, a punto de ser devorado por una bestia inmundada! —y sorbió ruidosamente y tornó a sus gemidos histéricos.

—Glenda —dijo el parco Tim con voz autoritaria—. Será mejor que me dejes hablar a mí. Incluso Angus sería capaz de explicar más claramente que tú, lo que estos señores desean saber.

—Muy bien —le animé—. Adelante, Tim.

Vertió whisky en su jarrita, bebió y se limpió los labios con el dorso de su ruda mano.

—Pues verá, señor: Glenda estaba cocinando manzanas para hacer unas confituras y de pronto reparó en que se le había acabado el azúcar, ya sabe cómo son las mujeres... Entonces se le ocurrió enviar a Angus a la granja de los Carmody...

—Está al otro lado de la colina, a poco menos de un kilómetro —añadió Bob Welley.

—Eso es. Angus tomó su bicicleta y se puso en camino. Faltaba poco para que se hiciera de noche, pero en la bicicleta y para un chico como el nuestro, era cosa de pocos minutos...

Capítulo 2

ANGUS volvía poco después con cuatro libras de azúcar que le había entregado la señora Edna Carmody. Las llevaba en una bolsa de plástico, de forma que no se mojara, porque empezaba a llover. La bolsa colgaba del manillar y se, balanceaba al compás de los pedalazos con que el chico hacía avanzar el vehículo de dos ruedas.

No tenía prisa. Su bicicleta disponía de un pequeño faro que tenía luz suficiente para alumbrar su camino y, por lo demás, Angus había permanecido todo el lluvioso día encerrado en casa.

Comenzó, pues, a remontar la pendiente cuando ya se había hecho de noche.

Fue al cruzar ante el cañaveral que crecía en las márgenes del camino, a la altura de la curva, cuando vio *aquella extraña cosa* en el camino.

Parecía un lagarto, un lagarto enorme, desde luego. Un reptil de unos tres metros de longitud.

Tan grande fue su susto, que perdió el equilibrio, la bicicleta patinó sobre el lodo y cayó al suelo.

Su largo impermeable se enredó en los pedales y Angus se sintió atrapado.

Y entonces *el reptil se movió y avanzó hacia él*.

Angus, horrorizado, escuchó un jadeo profundo, jamás oído. Y vio brillar en la oscuridad un par de feroces ojos rojizos.

Loco de pánico, el muchacho dio un envite poderoso y el impermeable se desgarró y le dejó libre. Pero su impulso fue tan fuerte que patinó y volvió a caer.

Entonces el animal corrió hacia él. Angus chilló al sentir desgarrada su pierna izquierda. Incluso así, tuvo la serenidad suficiente para incorporarse sobre los codos, dar un brusco tirón y liberarse.

—Llegó aquí trémulo de espanto y con la pierna chorreando sangre —explicó Tim Doole—. Cuando me explicó que un enorme lagarto le había atacado, estuve a punto de sacudirle. Pero lo principal era contener la sangre que seguía brotando de la herida de su pierna, que era superficial, pero en la que podía notarse perfectamente la huella de una mordedura.

Mientras le hacían una cura de urgencia sus padres, Angus insistía tercamente en repetir su historia.

—Pero, hijo tú sabes muy bien que no existen lagartos de tres metros —le apostrofó su padre.

—Quizá... ¡quizá fuera un cocodrilo! —exclamó el chico.

A punto de desmayarse de la impresión, Glenda miró a Tim,

medrosa.

—¿Y si fuera verdad? ¿Y si esa bestia estuviera cerca de aquí... si se acercase, si penetrase en nuestra granja...? ¡Dios mío! ¡Dios mío, no quiero ni pensarlo! —gimió.

Trajeron la camita de Angus y le acostaron junto al hogar. Los Doole no disponían de teléfono, pero si lo había en la granja de John Carmody. Como era preciso hacer venir al médico para que inspeccionase la herida del niño, Tim se embutió en su traje de agua, tomó una linterna potente y su carabina y se lanzó fuera de la casa, ante la espantada actitud de su tierna esposa, que veía ya venir a todos los bichos de la creación, penetrando a mansalva en su querido hogar.

Lo cierto es que Tim no halló nada en la curva de la colina ni en el cañaveral, que registró minuciosamente. Tim, hombre entero y valeroso, no temía enfrentarse al mismo Satanás, si era el diablo quien, bajo el disfraz de enorme lagarto, había osado atacar a dentelladas a su tierno retoño.

Pero, cuando descendía, bordeando el matorral que crecía al borde de la pendiente que conducía a la granja de los Carmody, oyó un rumor y se detuvo, dispuesto a todo.

El sonido que llegó a sus oídos era algo semejante a *un jadeo profundo*. Lo mismo que Angus había explicado, aunque con frases claramente infantiles.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el granjero en voz alta. Y elevó el cañón de la carabina, al tiempo que iluminaba los tupidos matorrales.

De repente, advirtió una forma cilíndrica y larga, de unos quince centímetros de grosor, que se escurría entre los arbustos.

Sin dudarle, disparó dos veces hacia allí. Pasmado, escuchó una especie de bufido animal y luego el estrépito de los matorrales al ser arrollados y tronchados violentamente.

—Cuando descendí y registré los matorrales no pude ver otra cosa que un claro reguero de sangre —declaró el granjero con voz firme—. Llamé a gritos a John Carmody, y al cabo, él y dos hijos mayores reconocieron mi voz y subieron la cuesta, armados de escopetas y carabinas...

Doole no acertó a explicarse eficazmente, pues aunque hombre valiente, se sentía entonces sumamente nervioso. Tartamudeaba, balbucía y la carabina se agitaba en su mano derecha peligrosamente.

Carmody y sus hijos no acertaron a entender si el bicho contra el que había disparado su vecino era un lagarto, un cocodrilo o una gran serpiente, pero examinaron el matorral y hallaron en efecto un gran reguero de sangre que se prolongaba cincuenta metros pendiente abajo y desaparecía en las aguas tumultuosas del torrente.

Fue entonces cuando Burt Carmody, el hijo mayor, hizo aquella

observación.

—Yo también vi ese bicho... lo que quiera que sea —declaró.

—¿Tú lo viste? —preguntó su padre, sobresaltado—, ¿Cuándo... dónde?

—Cuando regresaba esta tarde de hacer las compras en Downpolks, padre —respondió el rudo mozalbete—. En mitad del camino encontré un perro destripado y eché una ojeada. Vi algo entre los bancales de lechugas de Nat Douglas... Era un cuerpo alargado y verdoso que se movía entre las lechugas espigadas. Lancé una piedra, y otra y otra... El bicho huyó y desapareció más allá de la leñera de Douglas.

—Pero ¿qué diablos fue lo que viste? —preguntó su padre, furioso e impaciente.

—No lo sé exactamente, padre —respondió Burt, inquieto y confuso—. No lo pude ver bien, porque siempre permaneció oculto a medias entre las altas lechugas, ya espigadas... Lo cierto es que me atreví a llegar hasta allí. Y encontré unas piltrafas sangrientas: las del perro que ese bicho destrozó a dentelladas.

—Me gustaría saber por qué no hablaste de ello cuando llegaste a casa —rugió John Carmody.

—¿No lo adivinas? Fred y tú estás siempre tildándome de miedoso y aprensivo. Pensé que, si os lo decía, imaginaríais que se trataba de una de mis historias inventadas. Por eso callé —respondió el adolescente.

Como el nerviosismo de Doole iba en aumento, Carmody optó por volver a su casa. Allí, Edna Carmody dio el recado para el doctor Maugham y llamó al sargento Gulk con la insólita noticia.

Tras lo cual, los Carmody acompañaron a Tim a la granja Doole, en parte por protegerle y también un tanto preocupados por su evidente inquietud nerviosa. Tras lo cual tornaron a su propia casa bajo un verdadero diluvio.

* * *

Tras escuchar el relato de labios de Doole, mi opinión varió sensiblemente. Aquel asunto parecía más verosímil ahora. Era imposible que todos mintieran descaradamente, máxime cuando el hijo de Tim había sido herido de cierta consideración.

Mientras escuchaba a Doole había ido apuntando algunos datos en mi pequeña libreta de notas.

Como Doole no tenía nada más que añadir, les recomendé calma y nos despedimos, no sin que el bueno de Tim insistiera en llenar nuestras tazas de whisky nuevamente. Rehusé la invitación y nos despedimos.

Fuera, la lluvia seguía cayendo de forma torrencial. Si seguía

deluviando con tal intensidad durante unas horas más, los caminos se volverían intransitables y las aguas cubrirían los puentes e imposibilitarían por completo el tránsito de vehículos.

Subimos al «Land-Rover» y Bob Welley nos precedió en su motocicleta. Sin embargo, poco después nos deteníamos en la granja de John Carmody.

Entramos y les hicimos algunas preguntas. La versión de los Carmody no podía ser más tajante: coincidía plenamente en todo con lo que ya sabíamos. Por otra parte, se veía a las claras que aquel suceso había causado honda impresión en toda la familia.

Volvimos al camino, tras despedirnos. Pero antes de proseguir el viaje, nos pusimos de acuerdo con Bob Welley.

—Le acompañaremos hasta Downpolks, Bob. El sargento y yo tenemos que hacer algunas gestiones todavía.

Por el camino, pregunté a Gulk:

—¿Dónde podríamos encontrar a Ted Brown?

—¿Brown? Tiene un destartalado barracón en Farms Hill, unos cuatro kilómetros al norte de Downpolks. No será difícil llegar allí. El terreno es más elevado que las ciénagas del sur y hay un camino vecinal en buen estado.

—Vamos a hacerle una visita — me decidí.

Tenía razón. En unos diez minutos recorrimos el trayecto y nos detuvimos en una pequeña explanada. Vimos un viejo barracón de madera, con la cubierta formada a base de planchas de hojalata y pedazos de plástico hechos jirones.

El lugar estaba protegido por media docena de añosos olmos, y precisamente bajo los árboles se encontraba el viejo camión, pintado y repintado, de Ted Brown.

Antes de bajar, Gulk hizo aquella observación:

—Por cierto, el caimán le gastó una mala pasada al viejo Ted, hace unos tres años.

—¿Qué fue ello?

—Le partió el brazo derecho. Bueno... Se lo dejó colgando de unos pingajos. Tuvieron que amputárselo. Un accidente lamentable: Ted se descuidó, el animal llevaba unos días sin devorar su pitanza y...

Sentí una arcada al escuchar aquel relato. Pero enseguida bajamos y nos dirigimos a la choza.

A través de una sucia cristalera vimos brillar una luz mortecina y hacia allí nos orientamos.

Gulk golpeó con energía la puerta del barracón.

Nos abrió una adolescente de unos catorce años, trenzas rubias y rostro pecoso. Era una muchacha alta y magra, desnutrida, sin duda.

Hallamos a Ted Brown con una regular papalina. Era curioso: aquella noche a todos les había dado por beber copiosamente en los

contornos de Downpolks. Claro que la noche, destemplada y lluviosa, no invitaba a mucho más.

—¿Qué hacen aquí? —gruñó el anciano con voz agria. Porque en verdad era un hombre de unos sesenta y cinco años, de cabellos escasos y canosos, que vestía míseramente.

—Tal vez tengamos que llevarle detenido, Ted —declaré—. Al parecer dejó usted escapar a su viejo caimán y ha ocurrido un desaguisado.

Si quería molestarle con mis palabras, lo conseguí plenamente. Brown dejó la botella e intentó, violentamente, ponerse en pie.

—¡Fuera, fuera, fuera inmediatamente de aquí! —me amenazaba con el atizador de la lumbre, pero no creo que tuviera, en realidad, intenciones hostiles: era el alcohol, ingerido en exceso, lo que le impulsaba a mostrarse fanfarrón.

(Por otra parte, enseguida perdió el equilibrio y apuradamente logró dar con sus posaderas en una silla desvencijada).

Gulk le dirigió una severa mirada.

—Debería darte vergüenza, Ted. ¡Perder la compostura de esa forma...! —le apostrofó—. Este señor es el inspector Kent Derrick, de Wendham, y debes tratarle con el debido respeto —el sargento se volvió hacia mí y me consultó—: ¿Le coloco las esposas, señor?

—Vamos, vamos, sargento —bromeé—. ¿Cómo podría colocárselas? ¡Este hombre es manco...! ¿O lo ha olvidado?

Gulk enrojeció hasta las orejas al reconocer su «lapsus».

—Bueno, yo lo que quería decir... —farfulló, amoscado.

—Lo sé. No se preocupe —respondí, esforzándome en contener la risa—. Vamos a ver, Brown, ¿qué hay con su caimán?

Pero Ted Brown se había dormido, con la cabeza apoyada en su escuálido pecho. Entonces me volví hacia la chica, que nos observaba a unos metros de distancia, tímida y asustada.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, afablemente.

—Pat, Pat, Brown, señor —respondió, retorciéndose las manos, muy nerviosa—. Ted Brown es mi tío. ¡Y le aseguro que es un hombre honrado!

—¿Dónde está el caimán? —pregunté, sin dejarme impresionar mucho por su aspecto de total desvalimiento.

—Ahí —señaló una descolgada puerta de hierro, al otro lado de los fardos de cartón que se amontonaban en el centro del barracón.

—Vaya por su linterna, sargento —decidí—. Vamos a echar una ojeada ahí dentro.

Ted seguía amodorrado, durmiendo su papalina con estruendosos ronquidos. Gulk salió y volvió enseguida.

Precedidos por Pat Brown, contorneamos el montón de fardos y la chica abrió la puerta, después de descorrer un oxidado cerrojo.

Penetramos en el maloliente lugar con precaución. La luz de la linterna de Gulk nos permitió distinguir los contornos de lo que había sido una antigua pocilga. Las porquerizas eran ahora ocupadas por los animalitos del feriante.

La más grande de ellas estaba ocupada por dos grandes tortugas que ni siquiera se movieron cuando el halo luminoso de la linterna cayó sobre ellas.

En la del fondo estaba el caimán. Era un reptil de considerables proporciones, que se movió perezosamente en su cubil.

Cuando la lámpara le iluminó claramente, lo examinamos.

Y observé horrorizado que *el saurio tenía entre los dientes el brazo de una niña.*

Capítulo 3

—¡DIOS santo! —exclamé—. ¡Ese monstruoso bicho está... devorando un miembro humano!

Gulk juró un taco entre dientes. Pero Pat Brown prorrumpió en una aguda carcajada.

Nos volvimos, pasmados, hacia ella, pensando qué clase criminal se escondía en aquel cuerpecito feble de adolescente. Pero ella siguió riendo sin ambages, hasta que Gulk la tomó por un brazo.

Entonces nos explicó con la mayor simplicidad:

—No es carne humana, ¿o no tienes ojos en la cara? ¡Es el brazo de una vieja muñeca...! «Hungry» se conforma con mordisquearlo cuando no disponemos de pitanza que arrojarle...

Tomé la linterna de manos de Gulk e iluminé la pocilga. La luz brilló siniestramente en los rojizos ojos de «Hungry», pero evidentemente lo que tenía entre los dientes era un brazo de plástico de una vieja muñeca de considerables proporciones.

Sentí ganas de reír y... de llorar, todo al mismo tiempo. ¡Pensar que por un momento había tenido una opinión horrible de aquella inocente criatura llamada Pat Brown!

Enternecido, acaricié sus flácidas mejillas y ella sonrió. Un momento después abandonamos la sucia pocilga.

Saqué cinco libras y las puse en manos de Pat, que manoseó los billetes, incrédula.

—Cómprate un vestido nuevo y, si te sobra algo, tráete algo de comida. Necesitamos alimentarte bien, chiquilla. ¡Estás en los huesos! —dije, compadecido.

Gulk me contemplaba con una extraña expresión de desconcierto.

—¿Y el camión del tío Ted? —pregunté a Pat cuando nos despedíamos.

—Tiene el motor averiado desde el verano pasado —respondió—. La temporada pasada no pudimos salir. ¡Es una mala racha!

Le deseé buenas noches, le recomendé que cuidara que el viejo no se cayera en la lumbré y abandonamos la mísera estancia.

—¿Cómo? —estalló Gulk, cuando nos separamos de la construcción—. ¡Le da dinero y no detiene al viejo...!

Esto era lo que más me impacientaba del carácter del excelente sargento. Su cerebro funcionaba tan lentamente que llegaba a exasperarme.

Con la linterna en la mano, me aproximé al camión, alcé la tapa del motor y descubrí un oxidado bloque, unos terminales de bujías rotos y agrietados.

Volvimos al «Land-Rover». Gulk se deshacía en aspavientos: no se

explicaba mi conducta.

—No puedo, no, explicarme por qué no detiene al viejo

—dijo finalmente.

Arrancó furiosamente y volvimos al camino. Entonces, pacientemente, le pregunté.

—¿A qué hora fue herido Angus Doole por aquel bicho?

—A las ocho y media, aproximadamente.

—¿Qué hora tenemos? —yo la sabía de sobra.

—Las nueve y media —respondió el sargento tras una meticulosa consulta a su reloj de pulsera.

—¿Cree que ese raquítico y viejo caimán podría cubrir los trece kilómetros que nos separan de la granja Doole en una hora, máxime si, como sabemos, le hirió Tim Doole? —insistió.

Gulk consideró la cuestión. Y luego negó con la cabeza, embarullado.

—¡Pero qué torpe soy! —confesó honradamente.

Y no se habló más del asunto.

Sin embargo, yo me sentía preocupado. Descartado el caimán de Doole, ¿qué posibilidades teníamos de hallar a la bestia que había atacado a Angus Doole?

Le encargué a Gulk que investigase al día siguiente sobre los circos, bestiarios o zoológicos de las inmediaciones de Downpolks, aunque el sargento me advirtió que no existían instalaciones de tal tipo en las cercanías de su ciudad.

El viaje de regreso se hizo especialmente dificultoso. Llovía torrencialmente y la espesa lluvia dificultaba tanto la visión que Gulk tuvo que reducir la velocidad de su «Land-Rover» a unos veinte kilómetros por hora.

Al fin, el coche se detuvo ante su cuartelillo. Eran las nueve menos diez de la noche y yo me dirigí hacia mi «Morris», pero Gulk no me dejó ir.

—Sería una locura. Conozco bien esta comarca y ello es suficiente para asegurarle que, probablemente, la carretera que nos une con Wendham estará cortada por las aguas — me advirtió.

Fui con él a su despacho y el sargento consultó por teléfono al puesto de Townbridge: tenía razón, pues las riadas habían cortado la carretera en varios puntos.

Arriesgarme con mi bajo «Morris» a llegar a Wendham sería tanto como exponerme a pasar la noche en el trayecto o incluso a ser arrastrado por las aguas. En aquella región las avenidas de los torrentes solían ser desastrosas para el tráfico rodado.

Me sentía de muy malhumor, pero Gulk vino en mi ayuda inmediatamente.

—Nada de preocupaciones, señor —exclamó alegremente—.

Tomaremos unas copas y luego nos iremos a cenar a casa. Y... Bacoque Gladys es una maestra cocinando y usted no se arrepentirá de aceptar mi invitación —bajó el tono de su voz y añadió—: Dormirá en nuestro cuarto de los huéspedes. Es la mejor pieza de la casa, seca y caliente (pues está encima de la chimenea), pero... demasiado exigua para que duerman dos personas.

¿Qué hacer? La simpatía del sargento Gulk sólo era comparable a su sentido de la hospitalidad. Acepté.

Gulk sacó su botella de jerez —exquisito siempre— y llenó dos copas limpiísimas que extrajo de un armario próximo. Bebimos. Mientras paladeábamos el dorado vino, Gulk comentó que el coronel Axelrod dirigía y explotaba un parque-safari en Westland Rocks, unos montes situados a unos treinta kilómetros al norte de Downpolks.

—Uno de los cuidadores de las fieras del safari es Dick Golding, que reside en esta ciudad. A estas horas debe estar ya en casa. Podríamos consultarle...

—¿El safari del coronel Axelrod cuenta con reptiles? —indagué.

Barry Gulk asintió, muy animado. Se sentía ufano de su clarividencia.

—Al menos, el verano pasado, cuando yo visité el safari. Vi una laguna protegida con una fuerte alambrada, donde dormitaban al sol varios enormes cocodrilos —respondió.

—Llame a Golding y pregúntele por los cocodrilos del coronel Axelrod —indiqué.

Gulk se apresuró a complacerme — pero no antes de volver a llenar ambas copas—.

Un momento después hablaba con Dick Golding. Y la respuesta del cuidador, que yo mismo pude oír, fue decepcionante:

—No, sargento Gulk: los cocodrilos no se adaptaron al clima de Westland Rocks, demasiado frío, y enfermaron. El coronel los vendió al «Zoo» de Londres antes de que murieran. Allí los cuidan en instalaciones climatizadas.

Gulk se encogió de hombros y colgó, un tanto abatido. Durante media hora tomamos aún dos copas más y luego nos fuimos a la casa del sargento, magníficamente regida y organizada por la voluminosa señora Gulk.

La cena, en verdad —segunda cena de aquella ajetreada noche— fue succulenta y deliciosa. Hacia las doce me fui a la cama y dormí como un lirón hasta las nueve de la mañana, hora en que el sargento Gulk...

* * *

Me despertó con unos ruidosos golpes en la puerta. Tan contundentes que me alcé de un respingo en el lecho.

—Soy yo, señor. Discúlpeme. He estado dos veces aquí, pero dormía como un tronco y no me decidí a despertarle. Pero ahora solicito su ayuda. Hay novedades.

Salté de la tibia cama, malhumorado. ¡Se estaba tan bien allí!

Pero el tono de Gulk era perentorio. ¿Qué diablos de novedades eran aquellas que acababa de anunciarme?

Pasé una mano por mi rostro para asegurarme de que mi barba no estaba muy crecida (por fortuna, me había afeitado a últimas horas de la tarde anterior) y me lavé en la palangana que ocupaba un rincón de mi dormitorio. El agua fría me despabiló magníficamente.

Ya peinado y vestido, abandoné mi habitación. Mi formidable sargento me esperaba al pie de la escalera y me condujo al comedor, donde su tierna esposa preparaba ya un abundante desayuno.

—Se lo explicaré mientras desayunamos —propuso mi anfitrión—, Le diré una cosa: llevo ya tres horas de servicios.

—¿Cómo es eso? —fingí preocuparme por su sacrificada actividad, al tiempo que me sentaba ante la bandeja repleta de manjares que Gladys Gulk acababa de poner ante mí.

—Las circunstancias obligan, señor —dijo llanamente—. Bob me despertó hacia las seis. Había media docena de denuncias, pero sobre todo tres de ellas me dieron qué pensar.

—Muy bien. Explíquese —pedí, entre bocado de jamón frito y tostada untada de fragante mermelada.

—Thomas Hughes, que tiene una alquería en Cameron Fields, asegura que algún animal ha devorado durante la noche tres de sus lechones. Oyó unos gruñidos («espantosos», para repetir sus palabras) y se despertó. Cogió una lámpara y una carabina y se dirigió a la pocilga, separada unos veinte metros de su vivienda...

—Siga, por favor —supliqué, llevándome a los labios una taza de aromático café con leche.

—Pues que Thomas se detuvo al pie de la puerta de la zahúrda, un tanto receloso. Y escuchó un ruido extraño: una especie de «triss-triss» muy fuerte (eso me ha dicho él por teléfono). Cuando al fin se decidió a abrir la puerta, alguien o algo le golpeó con tal fuerza en el pecho que desgarró limpiamente su chaquetón de cuero...

Probé una de las galletas caseras de la señora Gulk y me pareció deliciosa. Pero decidí suspender mi desayuno al escuchar las siguientes palabras del excelente Gulk.

—...se encontró con una verdadera carnicería. En efecto, la bestia («bestia» fue lo que Thomas Hughes dijo, textualmente) había devorado tres lechones, pero otros cinco estaban partidos en rebanadas...

—¿Rebanadas? —inquirí, pálido.

—Literalmente, eso dijo Hughes, quien, por otra parte, es hombre

razonable y comedido, aunque un poco rústico

—respondió el oficial de policía, sin interrumpir su abundante desayuno.

Respiré hondo, encendí un cigarrillo y... me sentí mejor.

—Pero usted, Gulk, me dijo antes que había tres denuncias importantes... —insinué.

El sargento terminó su enorme tazón de café con leche. Se limpió los labios finamente con su servilleta y se puso en pie.

—Así es, señor. También Clarence Grey, un borrachín empedernido, planteó a Welley su denuncia en el cuartelillo, poco después de la mañana. Lo que Grey declaró no sería muy importante de no darse la circunstancia de que ha tenido que ser asistido de una impresionante herida en la espalda por el doctor Maugham, quien ha presentado el informe correspondiente en el cuartelillo. Pero será mejor que vayamos allá... ¡Querida! —llamó Gulk en voz alta. Y su esposa apareció en la puerta de la cocina.

Agradecí su hospitalidad amablemente y la señora Gulk se esponjó al escuchar mis alabanzas a su comida. Luego salimos.

Fuimos andando al puesto de policía, pues había dejado de llover. Pero las calles de Downpolks —por lo general, muy pulcras— estaban llenas del barro arrastrado por la riada de la noche anterior.

—¿Y la tercera denuncia? —pregunté al sargento, mientras caminábamos a buen paso en dirección al cuartelillo.

—¡Ejem! —carraspeó mi admirable policía, pues era un hombre decididamente respetuoso—. La puso Polly Harker

—Gulk calló como un muerto. Me adelanté unos pasos y advertí que se había sonrojado intensamente.

—Pero ¿quién es Polly Harker? —insistí inmisericorde, pues era evidente que el honesto Gulk se sentía turbado.

No me respondió... aprovechando que acabábamos de llegar al cuartelillo. Entramos, atravesamos el pasillo adonde asomaba el cuarto del vigilante nocturno y penetramos en el despacho de Gulk.

Allí estaba Polly Harker. Y enseguida comprendí por qué mi casto y modoso sargento Gulk había omitido otros datos sobre ella.

Se trataba de una mujer, desde luego. Pelirroja, delgada, pero mostrando generosamente un par de bien desarrollados senos, tenía un rictus rebelde en el rostro delgado y aparatosamente maquillado. Sonreía con cierta jactancia y sus botitas estaban manchadas de barro. También había barro en su chaqueta de *skai*, nueva. E incluso en su corta falda roja.

Era el «quebradero de cabeza» del sargento Gulk. Según averigüé después, Polly Harker era una joven pizpireta, alegre y nada difícil... para los mozos de Downpolks.

Cuando entramos saludó inmediatamente al policía con un alegre

desenfadado:

—¡Ah, por fin llega nuestro meticoloso «Pesquisas»! —y lanzó una risotada festiva.

Al reparar en mí, me escrutó de los pies a la cabeza, sonrió insinuante, y finalmente me aprobó con una pequeña y burlona inclinación de cabeza.

—Buenas noches, míster Sherlock —saludó—. ¿Dónde ha dejado a su «elemental» Watson?

Pero Gulk le dirigió una furibunda mirada que la hizo callar inmediatamente.

Desde luego, la atractiva Polly Harker llevaba en el cuerpo algún martini de más, lo cual venía a ser la tónica de todos los ciudadanos de Downpolks.

Bob Welley llegó en ese momento, nos saludó y se acercó al sargento para hacerle alguna indicación sobre las notas de las denuncias.

—Clarence Grey está en el calabozo, *durmiéndola* —nos explicó. Y eso lo aclaraba todo.

Gulk me preguntó si me apetecía interrogar a Polly Harker. Como mi humor era excelente, después del excelente desayuno que me había ofrecido la esposa del sargento, accedí de buen grado.

Polly tomaba aquel asunto a broma, pero cuando hice una velada alusión a las leyes que persiguen la prostitución con escándalo, adquirió de repente una notable formalidad.

Le pedí que nos explicase en qué basaba su denuncia. Y nos contó, con algunas risitas intermedias, lo que sigue.

Según ella, había ido a Wendham con el fin de hacer algunas compras. Visitó los almacenes y tiendas del centro y adquirió algunas prendas de lencería *trés fines*, según sus palabras.

Se distrajo bebiendo un par de «martinis» en el «pub» de Rudy Hendrix, de modo que cuando a las ocho llegó a la estación de autobuses, el autocar que hacía el último servicio a Downpolks y otras localidades del condado, había partido ya.

No tenía dinero suficiente para tomar un taxi —o, sencillamente, no quería gastárselo—, por lo que después de tomar otro par de «martinis» para serenarse, se dirigió andando a la gasolinera «Shell» situada a las afueras de Wendham.

A las ocho y media, un vendedor ambulante la recogió en su furgoneta, pero sólo la llevó hasta el cruce de Townbridge. Allí debió esperar otra media hora bajo su pequeño paraguas, aguantando estoicamente el diluvio, hasta que vio venir un motorista sobre una enorme «Davidson». Era un hombre joven, un muchacho de unos veinte años, que detuvo su moto en el cruce.

—¿Va a Downpolks? —gritó el muchacho. Y al ver que Polly

asentía, la invitó—: ¡Vamos, suba!

Polly salvó a la carrera el trecho que la separaba del motorista, se subió expeditivamente la falda hasta las caderas y montó a la jineta en el sillón trasero.

—¡Agárrese bien! —le gritó el joven. Y arrancó a toda velocidad.

Polly obedeció las instrucciones admirablemente. Plegado el paraguas y sujeto bajo el brazo, abarcó la cintura del hombre y apretó su rostro con fuerza contra la ancha espalda masculina.

El joven vestía un fino traje de nylon, apto para soportar la lluvia, bajo el cual Polly pudo palpar un cuerpo duro, atractivamente musculado.

—Un hombre de los pies a la cabeza —pensó, acariciándole instintivamente.

Este no era como el vendedor ambulante, que enseguida se había empeñado en que Polly le pagase de *alguna forma* el favor de llevarla en su furgoneta hasta el cruce de Townbridge. Por el contrario, el joven motorista se había conducido de la forma más gentil y desinteresada.

Pensando en todo esto, Polly notó que el deseo se encendía a flor de su piel. ¿Por qué no podía mostrarse agradecida y generosa con el atractivo muchacho...?

Cuando alcanzaron el viejo molino situado a quinientos metros de Downpolks, Polly se decidió:

—¿No le importa dejarme aquí? —rogó, tras rozar con las yemas de sus dedos los labios del motorista—. Es poco lo que me queda de camino: lo haré andando.

—¿Cooooomo?

Tuvo que repetir a gritos su petición para hacerse oír por encima del rumor de la lluvia y el estrépito del escape de la moto.

Poco después se detenían bajo los olmos de Barley Mill.

—¿Fumamos un cigarrillo? —preguntó Polly, con la más envolvente e insinuante de sus sonrisas.

El muchacho aceptó. Apartó la moto del firme, condujo despacio a lo largo de la encharcada vereda bordeada de árboles que llevaba hasta el molino —distante unos treinta metros de la carretera— y la dejó apoyada sobre el grueso tronco de un roble, el amparo de la lluvia.

—Ahí dentro estaremos más cómodos —insinuó Polly, señalando la entrada al granero del molino—. Ven aquí —le tuteó con la mayor soltura—. ¡Aprisa, te vas a mojar!

El muchacho corrió y Polly le cobijó bajo su paraguas. Ambos caminaron hacia la construcción de piedra y Polly abarcó familiarmente con un brazo la cintura del muchacho.

—Eres un hombre extraordinariamente fuerte —alabó ella—.

¿Cómo te llamas?

—Paul. ¿Me da ese cigarrillo? —pidió el joven, posando con ansiedad sus ojos en los redondos muslos de Polly, que aún llevaba remangada la falda hasta la cintura.

—¡Oh, sí, sí, ahora mismo! —sacó un paquete de «555» de su bolso, se puso un cigarrillo en los labios, lo encendió con un diminuto mechero dorado y lo depositó sobre los labios de Paul.

El muchacho llevaba una linterna encendida en la mano y la dirigió hacia el profundo fondo del granero. A la izquierda se veía una puerta que debía conducir a alguna otra dependencia del viejo molino en desuso. La estancia en la que se encontraban estaba llena de utensilios viejos, muelas de molino, vigas podridas y montones de sacos raídos. Espesas telarañas descendían desde la techumbre y el suelo estaba cubierto de polvo húmedo. En un rincón crecían una docena de setas.

—No es muy acogedor este lugar —opinó Paul.

—¿Y qué nos importa a nosotros? —respondió Polly—. Aquí no llueve, es lo único que debe interesarnos, amor.

Experta en tales lides, Polly rodeó el robusto cuello del joven y le besó en los labios, sabia y profundamente.

Enseguida se pusieron a *tono*. Polly fue por un par de sacos, los sacudió sumariamente y los extendió en el suelo, junto al muro. Tras lo cual se libró de su chaqueta de *skai* y se sentó sobre el elemental lecho.

—Ven aquí —invitó.

Paul era un hombre y Polly una mujer muy atractiva...

Jadeaban con vigor, cuando escucharon aquel rumor extraño. Era como el sonido que suele producir una tronzadora de maíz...

Paul se incorporó de un respingo y se subió apresuradamente los pantalones.

—Oye, ¡ahí hay alguien! —exclamó, asustado.

Por desgracia, acababa de dar una inconsciente patada a la linterna que había dejado encendida al alcance de su mano. La linterna rodó unos cinco metros sobre el piso, *precisamente en la dirección de la que procedía aquel sonido aterrador*.

Polly se levantó, furiosa.

—Vamos, hombre, no seas aprensivo... ¡Es el rumor del agua deslizándose por la aceña! —trató de calmar la joven.

Pero Paul temblaba.

—No es el agua... Está allí, detrás de esas muelas de molino. ¿No adviertes un brillo tenue?

—¡Calla!

Contenida la respiración, escucharon. Y entonces tornó a dejarse oír aquel pavoroso ¡*trorch, trrrorch!* Era un sonido potente,

discontinuo, que cesó de repente.

De improviso, oyeron un gran estrépito, como si un cuerpo duro y muy voluminoso acabase de chocar violentamente contra el muro.

—¡Vámonos! —suplicó Paul, tomándola por un brazo.

—¡Espérate! —Polly se desasíó de un manotazo. (Por nada del mundo quería renunciar a su *flirt* nocturno sin quedar convencida de que debían emprender la fuga).

Avanzó unos pasos con precaución y encendió su meche— rito. La débil llama del encendedor apenas permitía ver más allá de unos metros. En la penumbra captaron el movimiento de un cuerpo redondeado, de metro y medio aproximadamente, que brillaba como el ébano.

—¡Estás loca! —chilló Paul, descompuesto—, ¡Eso... eso es...!

No llegó a decir lo que pugnaba por salir de sus labios, pero emprendió la huida inmediatamente.

Polly, más serena, se inclinó para recoger la linterna, que se había apagado. En aquel instante, oyó un poderoso zumbido y «la cosa que brillaba» pasó por encima de ella y se estrelló con sordo baque contra el muro y cayó con gran estrépito al suelo.

Polly no esperó más. Intuía que aquella «cosa» era algo horrible, fuera de lo común.

Lanzó un chillido histérico y partió a la carrera. Por fortuna, había recogido su chaqueta, pero no se detuvo a recuperar su bolso.

—¡Paul, Paul, no me dejes! —gritó, chapoteando sobre los charcos de la vereda.

El joven motorista había arrancado de un urgente pedalazo su moto y daba ya la vuelta en la explanada de los robles, dispuesto a emprender una frenética huida. Pero al oír los gritos de Polly sintió compasión y aguardó, con todos los músculos en tensión.

Luego, cuando la mujer saltó sobre el sillín trasero y se aferró desesperadamente a sus hombros, Paul apretó el acelerador y salió de allí zumbando.

* * *

Miré a Polly que ahora, más serena y formal, se retorció las manos frecuentemente... cuando no se mordía inconscientemente las uñas.

—Señorita Harker, desde las nueve y media, que abandonaron Barley Mill, hasta que usted vino a ver a Welley, median muchas horas —dije—. ¿Qué estuvo haciendo durante ese tiempo?

—¿Qué importa eso? —respondió con frescura.

—importa. Y necesito también el nombre completo de Paul. Y su dirección. No me diga que no se enteró de todas esas cosas. Según su expresión, «es un muchacho que vale la pena» —insistí.

Polly se mordió el labio inferior.

—¡Qué pesado...! —murmuró, fastidiada. Pero cambió su tono cuando Gulk le dirigió una severa mirada de reconvención—. ¡Está bien, está bien! Se llama Paul Bocker y vive en Springville, Monroe Row, diez —su expresión concentrada se cambió en otra soñadora— ¡Tiene un apartamento de ensueño! Paul puede permitírselo: tiene un buen empleo en Wendham

—Eso está mejor —aprobé, tomando nota de la dirección del joven Bocker—. Me imagino lo que hicieron durante todas esas horas...

—Es usted muy inteligente, Sherlock —se burló. Y añadió—: Paul estaba demasiado aturdido para detenerse en Downpolks. Cuando me di cuenta, habíamos recorrido más de diez kilómetros... Yo también tenía miedo y me dejé llevar. Paul me invitó a subir a su apartamento en Springville, «para tomar una copa», según dijo. Luego... ocurrió lo que usted imaginaba, Sherlock. En fin, desperté temprano y vine aquí.

Encendí un cigarrillo.

—Curioso —aprecié—. Tenían a un paso el puesto de policía de Downpolks y pasaron de largo. Luego, muchas horas después, viene usted a poner una denuncia...

—¡Claro! Me dejé el bolso con todas mis cosas en Barley Mili. No me atrevía a regresar allí para recogerlo. Por eso vine a ver al sargento «Pesquisas»... Perdón, quiero decir... el sargento Gulk —respondió con insolente sinceridad. Carraspeé.

—Bien, intente describirnos «la cosa» que usted y Paul vieron en Barley Mili —le indiqué.

Polly Harker vaciló. Su sonrisa burlona había desaparecido. Rememorando el incidente de la noche anterior, el miedo volvía a apoderarse de ella.

—Había muy poca luz, ya sabe... Me pareció que era... una especie de tortuga, pero... tenía una gran concha negra, que relucía con un brillo verdoso. ¡Era enorme!

—¿Una especie de... escarabajo? —pregunté, para ver hasta dónde llegaba la fantasía de Polly Harker.

—¡¡Exacto!! —respondió vivamente—. Ahora que lo dice, eso fue lo que me pareció.

«Decididamente, esta mujer está loca... ¡Un escarabajo de metro y medio!», pensé.

Capítulo 4

ACABABAMOS de despedir a Polly Harker y salimos a la calle. (Clarence Grey seguía durmiendo su cogorza en el calabozo, donde Bob Welley, compasivo, le había permitido instalarse).

Caminamos a pie por la carretera, en dirección a Barley Mill. En unos minutos estábamos allí. Observé que todavía podían verse las rodadas de los neumáticos de la moto de Paul Brocker, y caminamos vereda adelante en dirección al molino.

En un día de otoño lluvioso, aquél era un paraje especialmente sombrío. Los olmos y robles rodeaban la construcción y el agua susurraba en la aceña.

Antes de entrar, metí la mano en el bolsillo de mi gabardina, donde llevaba mi aplastada «Magnum».

Ascendimos tres peldaños de carcomidos ladrillos y penetramos en el granero. Tras echar una rápida mirada al fondo, reparamos en los sacos que Polly había tendido junto al muro. Allí estaba su bolso, cuyo contenido inspeccioné: un puñado de «Kleenex», un paquete de cigarrillos, un llavero con tres llaves, un monedero con ocho libras y algunos chelines, un pañuelo, un estuche de cosmética, un envase de anovulatorios...

A unos seis metros de distancia estaba la linterna de Paul Brocker, caída en tierra. Dentro del granero, cuatro enormes muelas de molino, desgastadas, varias pilas de sacos y un montón de viejas vigas podridas.

Caminamos despacio hacia el fondo del granero, saltamos por encima de los viejos utensilios del molino y descubrimos una docena de vigas, convertidas en astillas. Había señales de mordeduras, propias de un animal bien dotado de colmillos, muy recientes

Durante media hora registramos todas las dependencias del molino: la sala de molienda, la vieja vivienda del molinero, la pieza donde se cernía la harina, al depósito auxiliar, el pozo de la aceña con la enorme rueda motriz...

No encontramos nada sospechoso y volvimos al granero.

Reflexioné. Polly había dicho que «la cosa» pasó zumbando sobre ella y se estrelló contra el muro frontero, precisamente donde estaban extendidos los viejos sacos de harina. Miré el suelo lleno de polvo húmedo y de musgo y me agaché.

—Mire —llamé la atención del sargento, tomando en mi mano tres trozos de material negro y duro, brillante, semejante al ébano. (El suelo estaba regado de esquilas semejantes).

—Parece plástico —opinó Gulk—. Un plástico condenadamente duro.

Salimos de allí inmediatamente, después de guardar las esquiras coriáceas en el bolsillo de mi gabardina.

Eran las diez y cuarto de la mañana. Gulk parecía dispuesto a pedirme algo cuando descendíamos hacia Downpolks.

—Dígalo ya, sargento — le animé:

—Estaba pensando en acercarme a Cameron Fields. Quizá a usted le interese escuchar su declaración —propuso con timidez—. Me refiero a Tom Hughes.

—Como quiera. Imagino que Clarence Grey tardará aún en recuperarse de su magnífica borrachera —respondí.

Subimos al «Land-Rover» estacionado ante el puesto de policía. Gulk condujo con gran pericia a través de las calles cubiertas de lodo y alcanzó en pocos minutos la carretera de Springville.

—¿Qué piensas acerca de todo esto, inspector? —me preguntó, cuando nos alejamos un par de kilómetros de Downpolks.

Le miré, divertido.

—No creo una sola palabra de lo que dijo Polly Harker. Esa mujer había bebido con exceso y sufrió una alucinación

—Opiné.

—¿También su eventual compañero, Paul Brocker? —insistió el policía, con inusual sentido práctico.

—No lo sé. En cualquier caso, parece que Brocker no recurrió a la policía ¿no?

—Sin embargo, me da qué pensar que esa chica tuviera tanto temor a volver al molino...

—¿Sabemos, acaso, si lo que dijo es verdad? Es posible que mantuviese una disputa en Barley Mili con alguno de sus desconocidos amantes. Esa podría ser una explicación.

—No sé, no sé qué pensar —respondió Gulk, meditabundo.

Nos desviamos por un camino bien cuidado, con pavimento de grava, que describía unas graciosas curvas sobre las faldas de unos montículos y pronto el «Land-Rover» se detuvo ante la granja-alquería de Tom Hughes. Este era un hombre de unos cincuenta años, empedernido solterón, que se ganaba bastante bien la vida criando y cebando cerdos. Estaba en su vivienda, un poco enfermo, pero se apresuró a venir a recibirnos en cuanto oyó el frenazo del automóvil.

Era alto, membrudo y sólido, aunque no le sobraban las grasas. Tenía un rostro abierto, cordial, que impulsaba inmediatamente a sentir confianza hacia él. Su rostro estaba pálido. Llevaba una manta sobre los hombros.

—¿Qué te pasa, Tom? —preguntó amablemente Gulk.

—No me siento bien, sargento, después de... Pero entren, entren. Les serviré un poco de vino: es lo único que tengo en cuanto a bebidas. También les prepararé un bocado, si les apetece.

Nos hizo pasar a su rústica pero limpia y bien provista cocina, tomó una botella de oporto de un armario y sacó un gran trozo de jamón curado de la alacena, que cortó sobre una tabla en pocos minutos y nos sirvió en un artístico plato de porcelana.

Nos sirvió vino en los vasos y se sentó a nuestro lado.

Probamos el vino y el jamón. Deliciosos, puedo jurarlo.

—¿No bebes un poco de vino, Tom? —preguntó el sargento, preocupado.

—No me apetece, Barry —respondió Hughes—, No es que me preocupe la pérdida de unos cuantos lechones, entiéndanlo, pero lo que ocurrió de madrugada en la zahúrda me ha puesto enfermo...

—¿Qué hora era? —pregunté yo.

—Hacia las cinco de la madrugada. Yo suelo levantarme cada día poco después, de modo que cuando oí los gruñidos estaba ya desvelado. «Alguien me está robando los lechones», pensé. Y en previsión de tropezarme con ladrones, cogí mi carabina, comprobé que estaba en buenas condiciones de funcionamiento y la cargué con cinco balas...

—Siga, por favor —pedí a Hughes, mientras Gulk prestaba una extraordinaria atención a los sabrosos tacos de jamón.

—Ya se lo expliqué al sargento —respondió el granjero, que no demostraba muchos deseos de revivir el incidente—. Salí y escuché los espantosos gruñidos de los cerdos. En el estado de ánimo que pueden imaginarse, tomé mi farol de gas y fui a la zahúrda. Me detuve amedrentado al escuchar aquel rumor, ¡triss-triss! semejante al roce de dos cuchillos en manos de un experto carnicero. Luego descorrí el cerrojo y una bestia de gran volumen me derribó. No pude verla, porque saltó sobre mí con una violencia inaudita. Conmocionado, me alcé del barro, miré a mí alrededor y... ¡no vi nada!

—¿No era un hombre? —indagué.

—¿Un hombre? ¡No, no, ni mucho menos! ¿Qué criatura humana hubiera saltado a dos metros de altura con semejante ímpetu? —protestó Hughes, con gran excitación—. Rompió una de las hojas del portalón y me rajó el duro chaquetón de cuero desde el hombro derecho hasta abajo.

El granjero se puso en pie, penetró en el dormitorio próximo y volvió enseguida con el chaquetón que acababa de mencionar.

Lo examiné con profunda atención. En efecto, la fuerte prenda estaba rota de arriba abajo, pero el corte no era regular ni mucho menos. En realidad, yo hubiera pensado que *la hablan desgarrado con una hoja de sierra*. Porque cada dos o tres centímetros se apreciaban desgarrones continuos.

—¡Es... es increíble! —consiguió pronunciar Gulk, con los carrillos atiborrados de fragante jamón.

Por mi parte, animé a Hughes a que continuase con su relato.

—No hay mucho que añadir. Entré en la zahúrda cuando me recuperé un tanto y vi la primera pocilga —donde tenía doce lechones— convertida en una carnicería. Faltaban tres de los animales, de unos siete kilos apenas, pues estaban recién destetados, pero otros cinco lechones estaban destrozados a rebanadas. Literalmente. Era como si un perturbado que empuñase un enorme cuchillo, los hubiera dividido en lonchas. Pero no sólo era eso: algunos de mis verracos, los mejores, presentaban heridas de consideración en los lomos... Tuve que hacer venir al veterinario, que no me ha dado seguridades de que los animales se salven —terminó Hughes, apoyando las temblorosas manos en la rústica mesa de pino.

—Tom, no puedes quedarte aquí, solo. Parece que tus nervios no marchan muy bien —pronunció el sargento Gulk con un tono tan afectuoso y solidario que me sorprendió agradablemente—. Vendrás con nosotros a Downpolks, para que el doctor Maugham te examine y te recomiende algún sedante. Aquí no puedes continuar.

Hughes movió la cabeza negativamente.

—No puedo dejar esto solo, Barry. Mis animales expuestos al ataque de esa horrible bestia... O, en el mejor de los casos, desatendidos, muertos de hambre... No, te lo agradezco, pero debo seguir aquí.

—El sargento Gulk tiene razón, señor Hughes —medié yo—. No podemos dejarle aquí. Ya se nos ocurrirá alguna solución para sus animales.

—Enviaré a Ed Parker y a Joe Gwynnes —le animó Gulk, palmeando cordialmente la rotunda espalda del granjero—. Son buenos amigos y me deben más de un favor. Así que... no te preocupes. Recoge algunas cosas, lo más imprescindible. Está decidido: vendrás con nosotros.

Hughes se dejó convencer al fin. Verdaderamente, aquel hombre estaba enfermo. En pocos minutos, llenó una maleta flexible de cuero con algunas ropas y se dispuso a seguirnos.

Antes de que subiésemos al coche, pedí al granjero:

—Señor Hughes, ¿le importaría que echáramos una ojeada a la puerta de su zahúrda?

—Por supuesto que no. Vengan —nos invitó, desganado.

Chapoteamos sobre el barro para rodear la vivienda y caminamos despacio hacia la zahúrda, un galpón con cimientos de piedra y el resto de madera.

El portalón de entrada tenía unos tres metros y medio de altura. Había un enorme boquete de algo más de un metro de diámetro en la hoja de la derecha.

—Debería haberlo arreglado con unas tablas, pero no tenía el

ánimo suficiente para hacerlo —comentó el granjero.

Examiné los bordes irregulares, estallados de las gruesas maderas. El suelo estaba regado de astillas de medio metro de longitud. El marco de la hoja estaba reforzado con un grueso listón de madera de haya de unos cinco centímetros de grosor... que ahora estaba destrozado.

El animal que había causado aquel destrozo debía poseer una fuerza poco común y una corpulencia de las mismas proporciones.

¡Era un caso tan extraño...! Jamás en mi vida profesional —llevaba ya siete años en la policía— me había enfrentado a problemas tan incomprensibles.

Confuso y pensativo, volví con Gulk y Tom Hughes al coche.

Poco después nos alejábamos de allí. Pensaba en el cocodrilo que había herido a Angus Doole, en «la cosa» que pusiera a Polly Harker y a su «ligue», Paul Brocker, en apresurada fuga... Y ahora, la «bestia» que había penetrado en la zahúrda de Tom Hughes...

—¿Por dónde entró ese... ese bicho? —pregunté al granjero.

—En la vertiente del tejado que da al lado opuesto al portalón, descubrí un enorme boquete de dos metros. La cubierta del galpón está formada por tablas cubiertas por chapa galvanizada de dos milímetros de grosor. A pesar de lo cual, el metal estaba rajado... como si hubieran utilizado un gigantesco abrelatas —declaró Tom.

* * *

Clarence Grey seguía durmiendo pesadamente cuando volvimos al puesto de policía.

No me importaba demasiado. Después de dejar a Hughes en la consulta del doctor Maugham, yo acababa de tomar una decisión: consultar con el superintendente Howard.

Yo no encontraba explicación racional para los hechos que se habían producido en Downpolks y su comarca, pero, además, tampoco tenía autoridad para cargar con decisiones o responsabilidades al respecto.

El excelente sargento Gulk consultó telefónicamente con el puesto de Townbridge y averiguó que las máquinas de obras públicas de Wendham habían dejado la carretera en situación de permitir el tráfico de vehículos.

—Telefonee a la policía de Springville y consiga que Paul Broncker esté aquí esta misma tarde —encargué a Gulk—. Si yo no he llegado aún, interróguele y tome nota de su declaración.

—¡Bien! —el sargento parecía muy satisfecho de poder declinar su responsabilidad en alguien—. Délo por hecho.

—También pude tomar declaración a Clarence Grey... en el improbable caso de que despierte alguna vez —exclamé, con una

pizca de ironía.

Gulk me acompañó a la calle. No llovía, pero el firmamento, muy encapotado, sugería que la borrasca no se había alejado aún. (Pero ¿cuándo dejaba de llover en la húmeda comarca de Downpolks?)

El motor de mi «Morris» arrancó al quinto intento, cuando ya su batería comenzaba a flaquear. Alcé la mano a través de la ventanilla en dirección a Gulk y me alejé hacia la carretera de Wendham.

Llegado a la ciudad, telefoneé desde una cafetería a Jean, que comenzó a barbotar improperios en cuanto reconoció mi voz.

—*Canaglia, bandito, brigante, birichino* —chilló en el idioma materno, aunque mi bella «Glutty» había nacido en las Islas Británicas —. ¿Crees que a una mujer como yo se le puede dejar tirada como una zapatilla maloliente?

Me vi obligado a interrumpirla. Caso contrario hubiera seguido despotricando hasta el infinito.

—Te abandonaré definitivamente como a una babucha hedionda si no te callas inmediatamente y me prestas atención

—dije con voz fría.

—¡Ah, no, eso no, *poverello mío!* —gimió, histérica—, ¿Quién iba a zurcir tus calcetines cuando seas un ancianito?

Jean era así: capaz de pasar de la indignación más violenta a... la más sangrienta burla.

—Está bien, adiós. Pensaba invitarte a comer en «Luggianti's...»

—¡¡Espera!! ¿Has dicho... «Luggianti's? —tronó—. ¿Me esperas allí?

—Te espero, pero... procura llevar tus baterías descargadas —dije. Y colgué.

Nos vimos un cuarto de hora después en «Luggianti's», el restaurante de Wendham especializado en salsas. ¡¿Salsas?! ¡El delirio de Jean Lamport!

Me besó cariñosamente... en la mejilla y se sentó a comer como si tal cosa. No pidió ninguna explicación sobre mi ausencia de la noche anterior, pero a medida que empecé a hablar, me di cuenta de que había captado su atención.

—¡Cariño! —gimió, poniendo los labios en forma de corazón—, ¡Pensar que has estado expuesto a ser atacado por un... por un... monstruo!

—Eso son tonterías, querida. Probablemente, todo tendrá una explicación de lo más vulgar. Lo cierto es que hay alguien interesado en asustar a la gente de Downpolks. Y por esta razón debo informar a mí jefe, el superintendente Howard...

—Pero ¡es un caso tan emocionante! —exclamó, clavando en mí sus bellos ojos oscuros—, ¡Y tú eres el protagonista, el inspector Kent Derrick, dedicado durante años a perseguir a «chorizos», borrachos,

golfillos y prostitutas!

Lo peor de Jean Lamport era que nunca sabía uno si le estaba alabando o, por el contrario, se burlaba miserablemente de su interlocutor.

Aguanté su aluvión de preguntas. No cesaba de hablar continuamente, a pesar de lo cual se las arreglaba divinamente para no perder bocado.

Terminado el almuerzo —ligero para mí, copioso para ella—, fuimos a Riverdale a tomar café y una copa. Luego devolví a Jean a los almacenes «Mayard» y aproveché la ocasión para darle un achuchón y un cálido beso en los labios.

—¿Cuándo nos veremos? —preguntó ella. Y sus labios temblaron. (Me pareció que, por primera vez, se sentía seriamente preocupada por mí, ironías aparte).

—¡Qué sé yo! —respondí—. Depende del superintendente Howard. De todas formas, te tendré al corriente.

—Si vuelves a Downpolks, tal vez me anime a derrochar unas libras en un taxi para reunirme contigo —declaró—. Me han asegurado que hay allí dos o tres restaurantes expertos en asados.

—¡Ni se te ocurra! —la amenacé—. Aquel lugar no es para ti, preciosa. Sólo hay agua, fango, fango y agua, por todas partes. Y bichos, enormes bichos monstruosos que podrían sentir la tentación de devorar un bocado tan exquisito cómo tú —exclamé. Y le di un pellizco en una nalga, con gran indignación de mi bella «Glutty», que penetró en «Mayard» barbotando improperios en italiano.

* * *

Cuando, hacia las siete de la tarde, tomé la estrecha carretera de Downpolks, no me sentía muy feliz. Más bien furioso y despechado, para decir la verdad.

¿Por qué? Sencillamente, el superintendente Howard había dado una importancia desmedida a los sucesos de Downpolks. Y en consecuencia me ordenaba seguir allí hasta que los inexplicables incidentes fueran aclarados. Más aún, había enviado un destacamento permanente de policías a Downpolks, que habían encontrado ya acuartelamiento en un antiguo asilo de ancianos.

El destacamento lo componían veinticinco agentes, dotados de un equipo completo que, además de armamento, incluía varios vehículos *todo-terreno*, dos motos de gran cilindrada e incluso una gran lancha con motor *fuera-borda*.

En el fondo, cualquiera hubiera pensado que el superintendente Howard temía que la III Guerra Mundial se desencadenase en un lugar tan insignificante como Downpolks.

Howard me había informado que el destacamento estaría al

mando de un joven suboficial, el sargento Dave McKinter, ducho en dirigir operaciones enrevesadas.

—McKinter estará subordinado a usted, Kent. Puede confiar en él: es un verdadero policía —fueron las palabras del superintendente. (¿Otra sutil forma de ironía...?)

Pasé ante el cruce de Townbridge y poco más allá divisé a una persona que me hacía señas desde la cuneta. Aminoré la marcha y comprobé que se trataba de un individuo de mediana estatura embutido en un anacrónico impermeable de hule.

Cuando me detuve a su altura, el hombre se acercó. Tenía unas facciones demacradas y macilentas, una barbita formada por unas cuantas hebras grises, unos labios delgados y descoloridos manchados de nicotina, una nariz fina, una gran frente abombada y —lo más destacable— un par de ojos pequeños e inquisitivos, que brillaban como si aquel pobre diablo estuviese consumido por la fiebre.

—Discúlpeme. Soy el profesor Alloysius Blickman —manifestó con una voz sorprendentemente ronca en un hombre tan delgado—. Mi bicicleta patinó sobre el barro y choqué contra un árbol. Las ruedas están dobladas... ¿Podría llevarme hasta Downpolks? Se lo ruego.

—Pues claro que sí —extendí el brazo derecho para abrir la puerta trasera del mismo lado e invité—. Suba, suba.

Arranqué. Por el espejo retrovisor observé a Blickman, que descansaba su espalda sobre el respaldo y cruzaba sus brazos sobre el escuálido pecho en actitud estática. Vi su cuerpo feble, esquelético, como el de un pajarillo desnutrido, que apenas ocupaba un pequeño espacio en el coche, sus finísimas muñecas, tan delgadas, que parecía milagroso que no se rompiesen al menor esfuerzo, sus facciones descarnadas...

Sólo dos cosas llamaban la atención en aquel pobre hombre: su amplísima y despejada frente y los pequeños ojos brillantes, inquietos y febriles, de un color indefinido, aunque tan transparentes como el agua pura de las montañas.

Por debajo de su sombrero, tan viejo como el anticuado impermeable, sobresalían unos mechones de cabellos deslucidos y canosos.

El profesor permanecía silencioso y rígido en el asiento posterior. Para romper el hielo, me volví fugazmente y dije:

—Soy Kent Derrick, inspector de policía. Supongo que usted se dedica a la enseñanza en algún centro comarcal, profesor Blickman...

—Soy un científico, señor Derrick. Un hombre de ciencia, si eso le dice algo —puntualizó, severo—. Biología experimental, técnicas tan avanzadas que ni mis propios colegas pueden seguir mis descubrimientos de una forma satisfactoria. En el fondo, soy un gran solitario, amigo mío.

—¿Dónde vive? ¿En Downpolks, quizá? —pregunté, amable—. Me gustaría dejarle en su domicilio, pues imagino que pronto comenzará a llover.

Blickman, aquel hombrecillo, se encogió sobre sí mismo.

—No... quiero molestarle. Puede dejarme en el cruce de Browton, a la entrada de Downpolks —respondió tras una breve indecisión.

—Pero... ¡No es ninguna molestia! —insistí—. Le llevaré hasta su casa. Con el tiempo que hace...

En aquel momento llegábamos al cruce de Browton. El profesor Blickman indicó, inflexible:

—Puede parar aquí mismo, señor Derrick —frené suavemente—. Bien... Le quedo muy agradecido por su gentileza.

Antes de que pudiera impedirlo, abrió la portezuela, salió, cruzó la carretera y se alejó hacia Browton, en las tinieblas.

Me encogí de hombros. ¡Dios santo, qué tipo tan estrafalario! Pero así era el mundo, lleno de criaturas a cual más diversas.

Tres minutos más tarde, cuando me detuve ante el puesto de policía local, ya le había olvidado.

Blomberry, uno de los policías locales, de servicio en el cuartelillo, me entregó una nota del sargento Gulk.

«Señor:

Welley y yo nos hemos trasladado a la casa de labor de John Carmody (recordará que Carmody es el labriego que auxilió anoche a Tim Doole). Carmody llamó por teléfono a las seis treinta. Me dijo que sus hijos y él hablan encontrado «una mitad del cocodrilo» en la gran laguna que ha arruinado su plantación de coles, como consecuencia de la tromba de agua que sufrimos ayer.

De modo que Welley y yo hemos ido allá, para ver de qué se trata. Volveremos con la urgencia posible. No es preciso que se mueva de mi despacho, inspector. Espéreme ahí.

Sargento Gulk.

P.S. — En el armario, detrás de la mesa, hay dos botellas de jerez.»

Sonreí. ¡El excelente Gulk, siempre tan solícito...!

Atravesé el pasillo y me detuve, de pronto, advirtiendo que el calabozo estaba vacío. Me volví y pregunté a Blomberry:

—¿Y Clarence Grey? Estaba aquí cuando...

—Despertó a mediodía y el sargento le tomó declaración

—respondió el agente—. Luego le dejó marchar.

Me instalé cómodamente en el sillón de Gulk y encendí un «Players».

Me preguntaba qué significaría aquella expresión de la nota del sargento: «... *habían encontrado una mitad del cocodrilo*».

Mientras aguardaba, eché una ojeada a la bandeja en la que Gulk depositaba los «asuntos pendientes». Un par de folios mecanografiados recogían la declaración de aquel borrachín llamado Clarence Grey.

La leí, regocijado, con cierto interés. Decía:

«DECLARACION DE MISTER CLARENCEGREY, 55 AÑOS,
SOLTERO, DE PROFESION PESCADOR, RESIDENTE EN
LA LOCALIDAD DE DOWNPOLKS, CONDADO DE...»

Mr. Grey: No me acuerdo de nada, sargento Gulk. Sólo sé que el «matasanos» acababa de curarme una gran herida en la espalda...

Sqto. Gulk: Pero usted le dijo al doctor que se la había producido un individuo que vestía de verde...

Mr. Grey. ¡Ah, caray, ya recuerdo! Sí, sí... Todo ocurrió así, sargento: volvía de Salmons River con unos cuantos kilos de peces y entré en «El Zorro y el Jabalí», donde vendí la pesca entre los clientes de Dick McGlenn. Naturalmente, bebí un poco de whisky, pues... me dolía una de mis muelas cariadas. Dos horas después salí de allí. — Me sentía un poco mareado y noté unos retortijones de vientre... A poca distancia estaba la tapia del picadero de Fred Greenfields y hacia allá me dirigí para aliviar mi vientre, pues es un sitio discreto, donde a nadie podía molestar. Estaba allí, agachado, cuando me pareció que alguien me chistaba: ¡Ssss, ssss! Sorprendido, alcé mis pantalones y me volví... Por encima de la cerca apareció un tipo delgado, de cabeza pequeña, tronco angosto y alargado, que tenía los dos brazos unidos en actitud de orar... Me incorporé. «¿Por quién reza usted, amigo mío?», le pregunté. Pero el muy necio no me respondió. «¿No le da vergüenza estar ahí, mirando, mientras yo...?», le apostrofé; pero el muy insolente siguió con su ¡Ssss, ssss! Entonces, tomé un terrón del suelo y lo lancé contra él...

Sqto. Gulk: ¿Le acertó?

Mr. Grey: ¿Cómo puedo saberlo? Ya le dije que yo estaba... un poco mareado. De repente, aquel tipo verdoso alargó un brazo y sentí un vivísimo dolor en la espalda. Escapé a la carrera. Cuando estuve a cierta distancia, sentí correr la sangre, abundante, por mi espalda. Me detuve, despavorido, pues estaba perdiendo mucha sangre. No sé cómo logré llegar hasta el domicilio del doctor Maugham... Creo que perdí el conocimiento después de aporrear su puerta. No sé más.

Sqto. Gulk: Ha dicho antes «aquel tipo verdoso». ¿Quiere decir que vestía prendas verdes?

Mr. Grey. ¡¡No!! ¡Era todo verde, incluidos sus inquietos cuernecillos!... ¡Oiga, ahora que reparo: aquel tipo no parecía un ser humano! Quizá... ¡quizá se tratase de un marciano!

Sqto. Gulk: ¿Tiene algo más que añadir a su declaración?

Mr. Grey: ¡¡Sí!! ¡Que las autoridades no debieran permitir que tipos tan peligrosos molesten a los honrados ciudadanos como yo...!»

Capítulo 5

EN la bandeja de «asuntos pendientes» del sargento Gulk había otro folio mecanografiado. Era la declaración de Paul Brocker, que el sargento había tomado aquella misma tarde.

Le eché un rápido vistazo y comprobé, perplejo, que el relato de Paul concordaba sustancialmente con el que yo mismo había oído de labios de Polly Harker.

Acababa de devolver aquellos documentos a su sitio, cuando Blomberry pidió permiso para entrar.

—El sargento Gulk acaba de llegar, señor. Quiere que vaya a ver algo —pronunció.

Seguí sus pasos, intrigado. En la calle se había detenido el «Land-Rover» del sargento, quien, auxiliado por el gigantesco Bob Welley, se disponía en aquel momento a abrir el portón trasero del vehículo.

—¡Ah, inspector Derrick! —exclamó Gulk, al descubrir mi presencia—, ¿Quiere acercarse?

Avancé unos pasos, lleno de curiosidad.

—¿Qué diablos es esto? —retrocedí, asqueado.

—Usted ha viajado mucho, señor —respondió Gulk, cachazudo—. Tal vez sepa catalogar estas piltrafas.

Lo que veían mis ojos era la mitad posterior de un gigantesco reptil, destripado. A simple vista parecía una enorme lagartija.

—Yo diría que se trata de un varano. Un varano de Java —respondí. Y me esforcé en contener el asco que la visión de aquel cuerpo destrozado me causaba.

—Buscamos la parte anterior de este bicho, pero no la encontramos — me explicó Gulk—, Probablemente la devorarían los peces. Juzgué interesante recoger este pedazo y lo he traído, aun a riesgo de ensuciar mi coche.

—Ha hecho muy bien. ¿Dónde podríamos depositarlo hasta mañana? —le dije.

—Hay un frigorífico en el depósito de cadáveres. Se lo llevaré al doctor Maugham, que es quien se ocupa de esas cosas.

—Muy bien. Le estaré esperando en su despacho —asentí.

Volví enseguida al acogedor ambiente del despacho y, siguiendo la insinuación del sargento Gulk, descorché una botella de jerez y me bebí un par de copas... para superar la impresión que acababa de recibir.

En aquel momento, repiqueteó insistentemente el teléfono sobre la mesa de Gulk. Lo tomé y escuché una agitada voz masculina:

—¿Sargento Gulk? Escuche, tengo que...

—No soy Gulk, sino el inspector Derrick, de Wendham. El

sargento volverá en unos minutos. Entretanto, yo puedo atenderle, si se trata de algo urgente —dije.

—¿Urgente? No sé si lo será para usted, inspector Derrick, pero sí para mí —exclamó mi interlocutor con creciente inquietud.

—Serénese, por favor. Veamos, ¿quién es usted?

—Malcolm Davis. Tengo un criadero de visones cerca de Bigtrees Lake. Poseo también seis vacas, dos de las cuales se escaparon esta tarde. Salí a buscarlas y las encontré al borde del lago. Cuando me acercaba en mi «jeep», presencié algo verdaderamente alucinante...

—Explíquese—exigí.

—Una de las reses estaba siendo *arrastrada* hacia las aguas.

—¿Qué quiere decir?

—¡Diablos coronados, lo que está oyendo! La vaca se debatía en la orilla y mugía estremecedoramente. Algo, que no pude ver bien, la había apresado por los morros y tiraba de ella con enorme fuerza hacia el lago. Lo que sucedió a continuación fue tan espeluznante que me impidió reaccionar.

—¿Qué fue?

—La res fue remolcada hacia el agua, rodeada de algunos cuerpos que se movían con inaudita violencia—. El lago se tiñó de la sangre del pobre animal. En pocos minutos, la habían despedazado. De tal forma, que al final, su esqueleto, mondo, quedó flotando sobre las aguas. Logré arrastrarlo hasta la orilla con un cabo, pero tanto yo, como mi esposa y mis hijas, estamos aterrados —confesó Davis.

—Bien, bien — repuse, confuso—. ¿Eran saurios los... animales que devoraron su vaca, señor Davis?

—¿Saurios? ¿Quiere decir cocodrilos o caimanes? —exclamó el granjero, muy excitado—. ¡No, no! Más bien creo que fueran... peces. ¡Peces de gran tamaño! Un saurio jamás tendría la movilidad de esos espeluznantes bichos.

—¿Los vio?

—¿Cómo iba a verlos? ¡Se agitaban como furias alrededor del cuerpo de la vaca, produciendo remolinos de roja espuma! Luego... el lago quedó en calma. Confieso que, fuera de mí, disparé varias veces mi rifle sobre las aguas, aunque naturalmente no sirvió de mucho.

—Está bien, dígame: ¿cuál es su opinión? —quise saber.

—No estoy seguro. Pero sólo los escualos poseen una voracidad semejante. Sí, aunque parezca broma, creo que se trata de tiburones —declaró Davis.

—¡Tiburones! ¿Se da cuenta de lo que acaba de decir? ¿Cómo podrían criarse tiburones en un pequeño lago como el Bigtrees? ¡Es... absurdo!

—¡Lo sé, lo sé! Pero eso es lo que pienso —oí su jadeo entrecortado—. ¿Qué piensan hacer, inspector Derrick?

Reflexioné.

—Iremos a echar una ojeada en cuanto vuelva el sargento Gulk. ¿A qué distancia se encuentra su granja?

—A unos siete kilómetros, dirección sur. Hay que tomar la carretera de Browton. El sargento Gulk conoce bien el camino: ha estado varias veces aquí —me informó el granjero.

—Perfectamente. Tranquilícese, señor Davis. Y procuren no acercarse al lago —recomendé.

—¿Acercarnos? —exclamó—. Inspector Derrick, mi esposa y mis dos hijas se han metido en la cama, enfermas de terror.

* * *

Simpaticé pronto con el sargento Dave McKinter. Era un hombre joven, aproximadamente de mi edad —treinta años— y, como el Superintendente había asegurado, se manejaba muy bien con sus hombres.

Diez de sus agentes viajaban en un camión «Ford-Canadá», de altos ejes y carrocería de aluminio liviana: un vehículo muy apto para transitar por terrenos blandos y enfangados, que llevaba a remolque una lancha a motor de seis metros de eslora.

El sargento Gulk y yo íbamos en el «Land-Rover», abriendo la marcha. Abandonada la carretera a Browton, nos vimos obligados a vadear varios arroyos poco profundos y a atravesar lagunas y lodazales sin fin.

Hacia las nueve de la noche advertimos que alguien nos hacía señales luminosas desde una pequeña elevación.

—¡Es Malcolm Davis! —afirmó Gulk. Y el «Land-Rover» escaló la pequeña pendiente que llevaba a la granja.

Gulk se presentó a Davis, un hombre delgado, pelirrojo, de unos treinta y cinco años, que se comportaba con evidente nerviosismo.

—¿Quiere guiarnos hasta el lago? —le pedí. Davis subió a nuestro coche y descendimos una suave pendiente. A poco más de un kilómetro, las oscuras aguas del Bigtrees Lake brillaron a la luz de los faros.

McKinter y sus hombres descendieron de los vehículos y se reunieron con nosotros.

—Vengan conmigo —indicó Davis. Y nos guió hasta los altos juncales que crecían, frondosos, a orillas del lago.

A tres metros del agua, descubrimos el esqueleto de una vaca.

—Esto es todo cuando dejaron del pobre animal —nos explicó el granjero.

La verdad es que no quedaba ni una minúscula porción de carne entre aquellos huesos. Advirtiendo esto, dirigí una furtiva y temerosa mirada al lago. ¿Qué clase de monstruos carniceros pululaban bajo su

superficie, que ahora se nos mostraba lisa y serena...?

Los policías de McKinter cambiaban comentarios en voz baja.

—En Kenia, vi una vez...

—... la voracidad de las orcas. Pero jamás...

—... porque todo esto me huele a fraude.

Me aproximé a Dave McKinter.

—¿Disponemos de luz suficiente? —le pregunté—. Creo, que en estas circunstancias, es imprescindible realizar una detenida inspección del lago.

Dave sonrió, animoso.

—Tenemos un tándem de baterías, pero también disponemos de un alternador, movido por un pequeño motor a gasolina. Luz suficiente, en cualquier caso, para iluminar este lago como si fuera de día: tenemos dos focos de arco voltaico. ¿Es suficiente? —respondió.

—Desde luego. Ordene a sus hombres que boten la lancha e instalen los focos y el alternador. Cinco de sus agentes vendrán con nosotros. Los demás quedarán aquí, vigilando la orilla... Veo que disponen de chalecos salvavidas. ¿Pueden dejarme uno? —pedí.

McKinter hizo un gesto al cabo Hall y poco después nos entregaban tres chalecos insumergibles, uno de los cuales me apresuré a ponerme.

—¿Quiere venir con nosotros, sargento Gulk? —le pregunté—. Vamos a dar un largo paseo por el lago.

Pero la pregunta era obvia: mi animoso sargento se acababa de colocar su chaleco salvavidas bajo el chaquetón de cuero.

Malcolm Davis se acercó a mí y me pidió con voz temblorosa que le permitiéramos subir a bordo.

—Compréndalo, inspector Derrick —adujo—. Tengo la obsesión de saber qué clase de bichos viven en el lago. Hasta ahora, sólo había pescado truchas, barbos, salmones y lucios. A partir de hoy...

Le dije que sí, que podía venir, pues la lancha podía admitir hasta quince personas a bordo.

Que Dave McKinter era un hombre muy experimentado, lo comprobé enseguida. En pocos minutos, la lancha se balanceaba en la orilla sujeta por un cable, con una gran batería de focos orientados instalados en el capot de proa.

Subimos a la embarcación. Éramos nueve personas: cinco policías, el sargento Gulk, Malcolm Davis, el sargento McKinter y yo mismo.

La noche era serena y apacible. Hacía rato que cesó de llover y ahora la superficie del lago estaba tersa y tranquila como un espejo de azabache.

Me acomodé a proa. Gulk y Davis tomaron posiciones cerca de mí y el sargento McKinter ordenó a uno de sus hombres que dirigiese la lancha hacia el centro del lago, de unos tres kilómetros de anchura

máxima.

En aquel momento escuché un gruñido próximo.

—¿Qué es eso? — pregunté en voz alta.

Un hocico húmedo frotó los bajos de mi pantalón cuando la embarcación se despegó impetuosamente de la orilla.

—Es «Joe-Louis», mi perro bóxer —me explicó el sargento McKinter—, Siempre nos acompaña en todo tipo de acciones. Es un excelente auxiliar, fiel hasta la muerte. Puede sernos de gran ayuda, inspector Derrick.

Dejé escapar un suspiro de alivio y acaricié el musculoso y duro lomo de «Joe-Louis», que rozó mis dedos con su tibio belfo.

Entretanto, la lancha progresaba, veloz, sobre las aguas irisadas del Bigtrees Lake. Los focos potentes de nuestra batería traspasaban la masa líquida y nos permitían ver las plantas subacuáticas, a unos tres metros de profundidad. Luego las plantas desaparecieron y sólo pude ver la profundidad verde azul profunda.

—¡¡Allí!! —chilló de repente Malcolm Davis. Y repitió—: ¡¡Allí!!

Sombras oscuras y alargadas cruzaban las aguas como relámpagos, a nuestro alrededor.

—Son peces... ¡Peces de gran tamaño! —observó McKinter, que se inclinaba temerariamente sobre la borda de estribor—, Ejemplares de más de un metro de longitud. Pero... ¡es extraño! ¡Jamás vi animales de este tamaño en Bigtrees, aunque he pescado docenas de veces en sus orillas!

Junto a él, el bóxer lanzaba unos ladridos roncós y furiosos, apoyadas las patas delanteras sobre la borda. Yo también me puse en pie y me erguí sobre los hombros de Dave McKinter para escrutar las aguas.

Y en aquel momento tuvo lugar el dramático percance. «Joe-Louis» resbaló sobre la resbaladiza borda y cayó al agua.

El noble y poderoso animal emergió enseguida sobre la agitada superficie.

—¡¡Detengan la lancha!! —grité al agente que gobernaba, a popa, la embarcación. El motor redujo su régimen de revoluciones y la lancha describió un arco de circunferencia a la izquierda.

Lo que ocurrió a continuación quedó grabado de forma indeleble en mi memoria.

Dave McKinter llamaba a su perro a gritos.

—¡Aquí, «Joe-Louis», aquí! ¡Acércate!

El bóxer nadaba con fuerza a la embarcación cuando vimos la sombra plateada cruzar como una exhalación las aguas.

Una boca se abrió de forma descomunal y bajo el agua brillaron enormes dientes de cinco centímetros de longitud.

«Joe-Louis» lanzó un ladrido agónico cuando los aguzados

cuchillos de marfil hicieron presa en su vientre: luego las aguas se agitaron violentamente. Acudían docenas y docenas de grandes peces carnívoros, que peleaban entre sí, saltaban, se rebullían y mordisqueaban, sanguinarios, el cuerpo destrozado del pobre can.

Fue un espectáculo abyecto, que apenas duró cinco minutos. El sargento McKinter pidió a gritos:

—¡La metralleta!

Y uno de sus hombres le tendió una corta «M-10». McKinter la tomó, elevó el arma y disparó una ráfaga en el centro de la vorágine, donde los monstruos se disputaban las piltrafas del perro.

Las balas alzaron altos surtidores de agua. De pronto, el ancho vientre plateado de uno de aquellos enormes peces brilló de costado, flotando sobre el lago.

—¡Le he dado a uno, lo he dado! —gritó McKinter, ferozmente satisfecho.

Estaba tan nervioso, que le quitó la metralleta de entre las manos y le apartó a un lado.

—¡Miren eso! —gritó Malcolm Davis.

A tres metros de distancia, el agua hervía literalmente. Los cuerpos plateados de los grandes peces se agitaban fulminantemente entre las aguas. Vi brillar sus bocas enormes, armadas de largos dientes brillantes, y también cómo arrancaban con sus mandíbulas enormes pedazos del cuerpo de su congénere muerto. (Para entonces, el cadáver del perro había desaparecido en medio de un torbellino rojo).

Apunté con cuidado al centro de aquel maremágnum de bestias hambrientas, pues la embarcación se balanceaba suavemente a babor y estribor. Y cuando hube hecho puntería, disparé una andanada.

La ráfaga de metralleta hizo hervir las aguas. Piltrafas sanguinolentas salieron despedidas por doquier.

Entretanto, mi dedo índice se había quedado engarfiado al gatillo, hasta que el arma enmudeció de repente.

Entonces, a la clarísima luz que proyectaban los focos de arco voltaico, asistimos a una salvaje carnicería jamás vista. Enormes ejemplares de metro y medio saltaban sobre las aguas, se rebullían, giraban vertiginosamente y atacaban con sadismo a sus congéneres heridos por las balas.

Fue un espectáculo pavoroso y asqueroso. En la lancha, todos presenciábamos la escena sangrienta, inmóviles y estupefactos.

Tan rápidamente como se había desatado, el furioso torbellino cesó. Sombras huidizas, que dejaban una estela plateada en su fuga, se alejaron raudamente y desaparecieron.

De pronto, las aguas del lago se nos ofrecieron tan tranquilas y diáfanas como las habíamos contemplado minutos antes de que él

resbalara accidentalmente sobre la borda de estribor.

Capítulo 6

—¡¿PIRAÑAS?! —gritó el superintendente Howard a través del teléfono—. ¿Pirañas de... un metro y medio, inspector Derrick? —oí su respiración entrecortada a través del hilo telefónico—. Me sentiría más tranquilo si ahora mismo me confesara que se ha bebido una docena de whiskies, Kent.

—Puede imaginarse cuánto lamento no darle esa satisfacción, Superintendente —respondí, sin ganas—. Pero lo que acabo de decirle responde exactamente a mis impresiones. Por desgracia, no era yo la única persona que estaba en la lancha. Tenía junto a mí a Gulk, al sargento McKinter, al señor Davis y a cinco sobrios agentes de policía de Wendham... ¿Quiere escuchar sus testimonios? Puedo hacerles venir aquí. El cuartel está a un paso.

—¡No, no, no! —se apresuró a rehusar míster Howard—. Pero ¡eso es increíble, muchacho!

Gulk, solícito, puso en mi mano una copa de jerez. Mis dedos temblaron al tomar la fina copa tallada de manos del sargento.

—¿Qué debemos hacer, señor? —solicité al cabo de unos instantes de silencio—. Hasta ahora hemos logrado no alarmar a la población de Downpolks, pero si siguen produciéndose sucesos como el que acabo de describirle, mucho me temo que cunda el pánico entre estas sencillas gentes.

—Discreción ante todo, Kent. Discreción. Hablen lo menos posible y cerciórese de que los hombres de McKinter y los de Gulk mantienen la boca cerrada. Debo comunicarme con Londres antes de tomar una decisión. Probablemente, habrá que solicitar la ayuda del ejército. Me parece que el problema rebasa nuestras posibilidades técnicas —respondió en sigilo, como si alguien más que yo pudiera escuchar sus palabras.

—Me ocuparé de eso, pero no puedo prometerle nada concreto, señor. Por cierto, ¿qué piensa hacer con los restos del saurio que hemos depositado en un frigorífico de la Morgue? —le consulté.

—Envíemelos cuanto antes. En nuestros laboratorios de Londres serán analizados en cuanto lleguen. Por cierto...

—¿Iba a hablarme de las esquilas coriáceas que le entregué? —me anticipé.

—Sí. Esto... No puedo ocultarle nada, Kent, puesto que usted está a cargo de las investigaciones. El resultado del análisis de esas placas negras dice... que corresponden a los élitros de un coleóptero gigante, aunque nuestros entomólogos no pueden explicarse el grosor descomunal de esas esquilas que usted envió. Ya sé que es algo alucinante, pero ése es el informe que me enviaron, hace apenas unos

minutos.

—Jefe —invoqué—, ¿tiene alguna idea de lo que está ocurriendo aquí? Si siguen apareciendo bichos, la gente emprenderá una huida despavorida y desordenada. Es que no puede hacer nada el M-5 de Scotland Yard. Parece demostrado que el asunto escapa materialmente a nuestras posibilidades.

Howard carraspeó.

—Le comprendo, Kent. Hablaré ahora mismo con Londres. Trataremos de solucionar este problema. No desmaye. Siga ahí. Y cumpla mis instrucciones... ¡Discreción por encima de todo!

Colgó. Por fortuna, el atento Gulk acababa de llenar de jerez la copa que yo había vaciado sin darme cuenta durante mi conversación con el superintendente Howard.

Dave McKinter estaba con nosotros, en el despacho de Gulk. Aunque se había recuperado mucho, el joven daba muestras aún de una intensa depresión.

—Todo esto es horrible —le oí murmurar—. No se trata de luchar contra secuestradores o pistoleros, sino... contra un ejército de repugnantes bichos salidos de... ¡Sólo Satanás lo sabe!

Rodeé la mesa y le palmeé la espalda.

—¡Vamos, vamos, Dave! Ya sé que se siente dolido por la desaparición de su fiel bóxer, pero todo esto debe tener una explicación racional, —le dije.

Alzó su cabeza, adornada de rizos rojizos y me miró:

—Explíquemelo usted mismo, inspector Derrick. ¿De dónde salen pirañas de metro y medio, enormes escarabajos capaces de destrozar gruesas vigas a dentelladas, saurios como cocodrilos, bestias incatalogables que destrozan tejados metálicos, como en la granja de Tom Hughes, o monstruos verdosos como el que produjo una larga herida en la espalda de ese vagabundo llamado Clarence Grey? ¡Diga! ¿Puede explicármelo?

La verdad es que no supe qué decirle. ¿Le consolaría conocer mis pensamientos?

—He pensado que puede tratarse de un inexplicable fenómeno, provocado por las últimas lluvias, que han anegado extensas zonas de la comarca —dije, tratando de mantener la serenidad—. Como cuando llueven sapos o una plaga de langosta capaz de destrozar miles de hectáreas de sembrados en una hora...

Gulk intervino con su acostumbrada timidez.

—A propósito de langostas —dijo—. Estuve hablando a mediodía con Tom Hughes. Somos viejos amigos y se sinceró conmigo. Dijo que «la bestia» que había matado a sus lechones... tenía una cabezota «grande como la de una langosta». He estado reflexionando sobre ello... ¿Recuerda el chaquetón de cuero de Tom? *Parecía desgarrado*

con una hoja de sierra. Pues bien, ¿no disponen las langostas y los saltamontes de algo a modo de sierra en sus patas posteriores?

Se diría que el miedo aguzaba el ingenio del sargento Gulk. Porque su deducción no podía ser más razonable.

En cuanto a mí... estaba hecho un verdadero lío. La consulta que había hecho al superintendente Howard, relacionada con las declaraciones Harker-Brocker y Grey, la respuesta no podía ser más desoladora: por una parte lo que acababa de escuchar de labios de Howard: «*corresponden a los élitros de un coleóptero gigante*», había descrito las muestras de placas negras halladas en Barley Mili. En cuanto a la descripción que Clarence Grey había hecho del «tipo verdoso que le hirió» tras la tapia del picadero de Greenfields, lo que Howard me dijo bastaba para poner la carne de gallina.

—... los brazos largos, largos, en actitud de orar, el tronco alargado, los cuernecillos, el cuerpo de color verde, corresponden a... una mantis religiosa, un insecto de unos cinco centímetros, extraordinariamente voraz.

Solamente que Grey había dicho que su *atacante medía unos dos metros*. Y esto era digno de crédito, pues la cerca de piedra del picadero tenía casi metro y medio de altura y «*aquel individuo estaba observándole por encima de la tapia*» Mientras consideraba todo esto, se produjeron varias llamadas.

La primera provenía de una viuda, la señora Roos, que pedía ayuda a la policía, pues:

—... alguien está golpeando furiosamente el tejado de mi casa. Me he asomado a la ventana y he visto caer docenas de losas de pizarra e incluso un gran tramo del canalón de hierro. ¡Por favor, vengan a auxiliarme! ¡No me atrevo a salir de casa!

Salimos apresuradamente y montamos en el coche de Gulk. Ante la fachada de la casa de la viuda Roos, descubrimos, en efecto, varias docenas de losetas de pizarra, procedentes del tejado y un canalón completamente doblado.

Entre McKinter y Gulk, sacaron a la aterrada señora Roos de su casa y la metieron en el coche. Hicimos venir el coche contra-incendios y subimos al tejado: la señora Roos no había exagerado: la cubierta de pizarra estaba destrozada en un gran trecho. Sin embargo, las vigas de hierro habían resistido bien y no advertimos ningún boquete. Por lo demás, aunque registramos la casa de arriba a abajo, no hallamos nada sospechoso.

Hacia las once se registraron cinco denuncias simultáneas, localizadas en el centro urbano: varias personas declaraban que alguien había arrojado sobre sus tejados y chimeneas *piedras de gran tamaño o alguna otra cosa de considerable peso*. Comprobadas las denuncias, hallamos desperfectos de consideración en los domicilios

de los denunciantes, pero ninguna otra cosa que pudiera explicar los extraños fenómenos.

Más tarde, cerca de las doce, recibimos la angustiada llamada de socorro.

—¡Por amor de Dios, sargento, vengan inmediatamente! Alguien ha roto la ventana de mi garaje y ahora se encuentra dentro, dando tremendos golpes y destrozando mi automóvil. Por fortuna, la puerta que comunica nuestra vivienda con el garaje es de hierro, a pesar de lo cual el intruso está a punto de arrancarla de sus goznes. ¡Por lo que más quieran, AYUDENNOS!

El que llamaba era Glen Hunter, uno de los tres taxistas de Downpolks.

McKinter, que había recuperado el ánimo, telefoneó urgentemente a los hombres de su destacamento, les dio la dirección de Hunter y, sin perder tiempo, subimos al «Land— Rover» y partimos a toda velocidad hacia el extremo sur del pueblo.

El domicilio de Glen Hunter era una preciosa villa aislada, situada junto a la carretera de Springville. Una baja cerca de piedra, reforzada por un alto seto, rodeaba la pequeña parcela, en la que se veían dos abetos, macizos de flores y una artística rocalla. Al final de la corta pendiente se encontraba la edificación de dos pisos. A la derecha, un caminito conducía al garaje anexo, donde Glen Hunter encerraba su taxi cuando terminaba la jornada.

Enseguida vimos el gran ventanal, a unos tres metros de altura, completamente destrozado. No sólo aparecían rotos los cristales: también el marco de hierro se veía casi desgajado de su anclaje, grotescamente doblado. Cuando descendimos el cerrojo de la cancela y avanzamos por el caminito en dirección al garaje, pudimos oír los sonoros golpes metálicos que resonaban en el interior de aquella dependencia.

—Es... como si un loco hubiera cogido una maza de hierro y se dedicase a convertir en chatarra el automóvil de Hunter

—susurró el sargento Gulk, espeluznado.

En cuanto llegaron los agentes del destacamento del sargento McKinter, situamos a cuatro hombres armados de fusiles de gran calibre ante el destrozado ventanal del garaje.

Entretanto, Gulk y yo evacuamos en pocos minutos a la familia de Hunter, compuesta por él mismo, su esposa, la madre de ésta y dos niños de corta edad.

—Sargento, ¿puede decirme qué es lo que se ha metido dentro de mi garaje? —preguntó el taxista con voz temblorosa.

Gulk tragó saliva.

—No lo sabemos, Glen. Posiblemente, algún desequilibrado... Pero tú no debes preocuparte: nosotros le haremos salir de ahí y le daremos

su merecido. Ahora, id con los agentes. Ellos os llevarán a lugar seguro hasta que pase la alarma

—respondió con gran tacto el sargento Gulk.

Cuando los policías de McKinter introducían a la familia Hunter en uno de sus vehículos, resonó un gran estrépito que nos obligó a volvernos hacia el garaje.

La puerta metálica, basculante, trepidó con violencia, a punto de desgajarse. Gulk palideció.

—*My God! ¿Qué* encontraremos dentro del garaje, inspector? —exclamó, dominado por la aprensión.

Sonreí de mala gana.

—Sargento, nos será fácil averiguarlo si logramos elevar esa puerta, aunque... me temo que tendremos que tirarla. Lógicamente, el motor que la eleva se encontrará dentro

—respondí.

En efecto, poco después nos convencíamos de que él único medio de penetrar en el garaje era a través del ventanal... si no queríamos destrozar la puerta basculante.

Consulté con McKinter y Gulk, y ambos dieron la misma opinión.

—Es demasiado arriesgado dejarse descolgar desde la ventana. Una vez allí encerrados, estaríamos a merced de ese... bicho, o lo que diablos sea.

McKinter lo arregló sumariamente haciendo penetrar en la propiedad el «Ford-Canadá», que él mismo condujo hasta el caminito que conducía a la ancha puerta basculante del garaje. Lentamente, colocó el camión frente a la puerta, nos dirigió una rápida mirada y aceleró a fondo en primera:

Matemáticamente exacto, el grueso paragolpes del camión impactó contra el portalón y lo arrancó de cuajo de la obra. Cuando Gulk y yo quisimos reaccionar, la mitad anterior del «Ford-Canadá» estaba dentro del garaje.

En una rápida carrera llegué hasta allí, con la «M-10» empuñada rígidamente. En aquel mismo instante, algo golpeó con tremenda fuerza sobre el panel de herramientas colgado del muro de la izquierda y una pesada llave inglesa salió zumbando, chocó contra el quicio de la puerta y rebotó violentamente a punto de destrozarme el cráneo.

El tubo fluorescente que colgaba del techo saltó, pulverizado, y los diminutos cristales produjeron un rumor sonoro al rebotar sobre el piso de hormigón.

El garaje quedó a oscuras.

Temeroso, retrocedí unos pasos hasta que la luz de los focos policiales instalados en el jardín iluminaron claramente la zona.

—¿Qué...? —murmuró el sargento Gulk, que aferraba con una

mano nerviosa su revólver del calibre «38».

Las planchas del coche de Hunter restallaron con un estrépito feroz.

—He visto algo —dije, pasando los dedos por mis labios reseco—. Ríase si quiere, sargento, pero... el bicho que vislumbré ahí dentro me pareció... un rinoceronte.

Gulk pronunció entre dientes un asustado «My God». En una rápida carrera, Dave McKinter descendió del camión

—que había hecho retroceder velozmente— y llegó junto a nosotros empuñando un fusil ametrallador.

—¿Qué hay... dentro? —preguntó. Y me di cuenta de que tenía todos los músculos en tensión.

—No lo sé... Una masa enorme, un gran cuadrúpedo acorazado, con un imponente cuerno curvo... El automóvil de Hunter está destrozado, convertido en una masa informe de chatarra —conseguí pronunciar.

—¡Un rinoceronte! —exclamó el sargento Gulk, sin color en sus mejillas, habitualmente enrojecidas—. ¡Un rinoceronte!

La puerta metálica, desgajada del marco, nos impedía ver lo que estaba sucediendo dentro del garaje.

Con todo, el horrrisno estrépito que llegaba hasta nosotros nos sugería algo horrible. Vacilamos. Nuestra indecisión era razonable, pues jamás nos habíamos enfrentado a una situación semejante.

—Gases —indiqué.

McKinter se separó de nosotros en una veloz carrera y le vi saltar a la parte trasera del camión con la agilidad de un mozalbete. Un momento después se reunía con nosotros: traía una ristra de bombas de humo.

Súbitamente oímos un gran fragor. La arrugada puerta del garaje se aplastó contra su marco, se dobló como si fuese hojalata y salió despedida sobre el césped del jardín.

En aquel momento pudimos ver al monstruo claramente, pues los focos de la policía iluminaban el lugar tan esplendentemente como si fuera de día.

—¡El... el... el rinoceronte! —barbotó Gulk, retrocediendo de espaldas, tan torpemente, que perdió el equilibrio y dio una vuelta de campana sobre el brillante césped.

No era un rinoceronte. Lo que mis ojos contemplaron tenía la forma de un enorme coleóptero de dos metros de longitud que avanzaba torpemente sobre sus pesadas patas dentadas. De su cabeza —¿era la cabeza?— surgía una gran protuberancia en forma de cuerno curvado, como un gran alfanje de unos sesenta centímetros. Sus élitros, que semejaban una coraza, fulgían con un brillo metálico de color rojo-negro y azulado a la luz de los focos.

Una criatura de movimientos lentos, pausados y torpes, que avanzó unos metros en dirección a nosotros.

Valientemente, Dave McKinter comenzó a lanzarle bombas de humo... quizá en el paroxismo de un ataque nervioso.

El bicho caminó ocho o diez pasos en medio de una gran humareda y arrolló materialmente a McKinter, que desapareció bajo las pesadas patas de aquel monstruoso animal.

Se oyó el tableteo de una metralleta. Un policía, perdida la serenidad, acababa de hacer fuego.

Por encima de los gases, las balas impactaron en los élitros del monstruo y arrancaron multitud de esquirlas que saltaron disparadas en todas direcciones.

—*Per Baco!* —gruñó el sargento Gulk. Y se lanzó de bruces, lejos de las dentadas patas del monstruo, olvidando por completo que empuñaba un revólver de gran calibre.

También yo retrocedí más que aprisa... hasta que mi espalda golpeó contra una de las columnas del porche de la casa de los Hunter. Tan salvajemente, que la cámara «Yassika» que llevaba colgando del cuello se estampó en mis narices y me dejó atontado.

¡La cámara fotográfica...!

El superintendente Howard me había recriminado con acritud que ninguno de los hombres del equipo hubiera tenido serenidad suficiente para sacar algunas fotos de los descomunales peces carnívoros del lago Bigtrees... Pero ahora... ¡ahora era el momento oportuno!

Dejé caer la metralleta, tomé la cámara y comencé a impresionar instantáneas, locamente. El monstruo se había detenido. Los focos policiales arrancaban reflejos rojo-verdosos de la coraza del animal. Por debajo de los élitros, flotaban unas largas cerdas, espesas, color salmón, vivo.

Absolutamente concentrado en disparar mi cámara fotográfica de precisión, no advertí que el colosal insecto movía, vibrantes, sus enormes élitros.

De pronto, aquellas placas brillantes se elevaron y el monstruo desplegó espectacularmente sus membranosas alas rosadas.

Sus patas dentadas se arquearon levemente y el monstruo... ¡saltó!

El aire que desplazaban sus alas era tan potente que me empujó y caí de espaldas.

Cuando me incorporé, el monstruo se había elevado y volaba como una centella hacia la espadaña del templo metodista.

Oímos un horrisono estruendo y... la espadaña se desgajó de la torre y cayó pesadamente a tierra y desapareció a nuestra vista. El gran coleóptero acababa de chocar contra la torre.

Los focos siguieron su gigantesca silueta rosada sobre los tejados

de Downpolks... hasta que desapareció en la oscuridad.

Capítulo 7

EL servicio meteorológico central informa de la inminente aparición de un chorro de viento polar. Es previsible que en las próximas veinticuatro horas las temperaturas mínimas descendan hasta los 10 grados centígrados bajo cero. En consecuencia, son de esperar nevadas cuantiosas en toda el área de las Islas Británicas. Se recomienda...

Desconecté la radio, malhumorado.

Había dormido poco más de una hora en el camastro del calabozo. El sargento Gulk no tenía mejor suerte: se había dejado caer, rendido, en la colchoneta del vigilante nocturno. Todo ello después de que dejásemos al sargento McKinter en manos del doctor Maugham, quien después de examinarle concienzudamente, nos anunció que Dave tenía la pierna derecha fracturada a la altura del fémur.

Habíamos movilizado a todas las fuerzas disponibles: los seis policías del puesto de Downpolks y los veinticinco agentes del destacamento llegados de Wendham. Treinta y un hombre que atendieron su vigilancia en distintos puntos de la localidad, relevándose puntualmente cada hora. Y todo ello bajo la atenta supervisión del sargento Gulk, a quien yo trasladaba constantemente de un lugar a otro de Downpolks en su propio «Land-Rover», pues el magnífico policía se sentía tan nervioso que se declaró incapaz de conducir el coche.

Ahora, cuando llegaba el día, nos encontrábamos deshechos. Yo había logrado descabezar un sueñecito. Gulk también durmió un rato, poco más de media hora.

El teléfono del despacho estaba caliente: habíamos estado llamando a Wendham durante toda la madrugada. El superintendente Howard me había tranquilizado diciéndome que un regimiento de operaciones especiales se dirigía a Downpolks. Pero... ¿dónde estaban los militares? Eran las seis de la mañana y no habían aparecido.

Desde el exterior llegó un rumor de motores.

—¡Los militares! —exclamó el adormilado Gulk. Y se precipitó a la calle.

Volvió dos minutos después, decepcionado.

—No eran los militares —pronunció con desaliento—. Los ciudadanos de Downpolks se marchan. Era de esperar: están aterrados y... todos huyen a la desbandada. Bueno... todos los que disponen de automóviles, furgonetas o camiones.

Me precipité de un salto a la calle, incrédulo.

Pero Barry Gulk decía la verdad: una caravana formada por más de treinta vehículos, cargados urgentemente con toda clase de enseres,

desfilaban por Main Street en dirección a la carretera de Wendham. Y no sólo automóviles. Algunos vecinos de Downpolks habían enganchado remolques a sus motocicletas y emprendían la huida, llenos de pánico. Dos mujeres pedaleaban apresuradamente, montadas en otras tantas bicicletas.

Era lógico que el pánico cundiera. Unas horas antes o después, las noticias sobre los terroríficos incidentes que tenían lugar en Downpolks y su comarca tenían que divulgarse, por fuerza.

Nada se les podía recriminar, en resumen. Aquellas gentes estaban dominadas por el miedo: eran libres de huir, de ponerse a salvo.

¿Y los militares? El regimiento de operaciones especiales no había dado señales de vida, a pesar de que tanto Gulk como yo nos turnábamos al teléfono para exigir noticias sobre la llegada de los militares.

Muy cerca de las siete de la mañana, el sargento Gulk se comunicó con el puesto de policía de Townbridge.

Gulk me hizo una seña perentoria y corrí hasta él. Pude oír la voz que resonaba en el auricular:

—... uno de sus hombres, un motorista llamado Welley. ¿Quiere hablar con él, sargento?

—¡Sí, sí! ¿Qué espera para hablar conmigo?

Welley se había prestado voluntariamente para llevar a Wendham el carrete fotográfico que yo había impresionado la noche anterior en el chalet de Glen Hunter. Había tomado, lleno de ánimo, su moto, con el encargo de entregar el film en la central de policía de Wendham.

Pero ¿por qué había tardado tanto? Cuando Welley partió de Downpolks sólo eran la una y veinte minutos.

Enseguida tuvimos la explicación.

—¡Jefe, el puente de Townbridge está destruido! —clamó el hombretón a través del hilo telefónico—. Lo siento. Me es imposible regresar por el momento a Downpolks.

—El agente Welley tiene una herida en la cabeza. Tuvieron que curarle enseguida —informó el agente de servicio en Townbridge—, Venía sangrando.

—¡Bob! —clamó Gulk, preocupado—, ¿Qué le sucedió?

—No sé si contárselo por teléfono, jefe —respondió Welley, azorado—. Tal vez... Bueno, si quiere hablaré con claridad. Al fin y al cabo, aquí no hay otra persona que el cabo Jenkins...

—¡Por supuesto! ¡Hable, explíquese! —se atragantó Gulk—. ¿Que es eso de su herida en la cabeza? ¿Ha dicho que el puente sobre el Salmons River ha sido destruido?

—Sí, jefe. Una avenida de las aguas. En Rockford City, el embalse de Trempslide Dike se ha rajado. Una furiosa riada lo ha invadido todo. La crecida removió los pilares del puente y la carretera

Wendham-Downpolks está cortada.

—*Per Baco!* —rugió Gulk—. ¿Qué hay de su herida, Bob?

—Sucedio cuando volvía, poco después de las tres de la madrugada tras depositar el encargo del inspector Derrick en la central de policía de Wendham, junto con la nota que el inspector me confió...

—Sí, ¿y qué? —estalló, impaciente, el sargento.

—La carretera está abarrotada de vehículos militares. Hay un coronel llamado Ketchum que grita constantemente. Unos cuarenta camiones...

—¡¡Bob!! —gritó Barry Gulk, agotada su paciencia—. No me importan los problemas de los militares. ¡Quiero saber cómo se produjo su herida, pedazo de...!

—Calma, sargento —respondió Welley, en un derroche de calmada resignación—. Se lo explicaré.

—¡Por amor de Dios! ¡¡Hable!!

Oímos un glu-glú intranscribible (más tarde sabríamos que Bob Welley estaba trasegando un trago de coñac, que uno de los policías del puesto de Townbridge acababa de poner en su mano).

—¡¡Welley! —gritó Gulk, al borde del ataque de histeria.

—¡Sí, sí, sargento! Enseguida le atiendo. Esto está lleno de gente. Militares, ¿sabe? Han llamado a una unidad de pontoneros... Quieren tender uno de esos puentes sobre balsas neumáticas, pero no creo que la violenta corriente del río se lo permita. Verdaderamente...

El rostro de Gulk alcanzó un tono rojo subido. Intuyendo que iba a estallar de un momento a otro, tomé el auricular de sus manos e indiqué al sargento con un ademán que debía tomar posesión de un sillón de haya.

—¿Bob? Soy el inspector Derrick. Escuche con atención y procure limitarse a responder a mis preguntas. ¿Cómo se produjo su lesión de la cabeza?

—¡Ah, eso! —no había que ser muy inteligente para imaginar que Welley había bebido más de un coñac—. Fue al volver, señor... Yo venía de Wendham. Empezaba a llover y me detuve en Charity Cross para ponerme el impermeable. Es una colina, usted lo sabe, inspector... Pues bien, de improviso distinguí un fulgor verdoso en el cielo (el motor de mi moto, parado, las luces apagadas, claro) que fluctuaba sobre mi cabeza a unos cincuenta metros de altura...

—¡Bob! —grité—. ¿Lo que me está contando es verdad o... se trata de un producto de su borrachera?

—¡Señor! He bebido unas cuantas copas de coñac, que esta buena gente de Townbridge me ha ofrecido, después de que curaran mi herida... Estoy diciendo la verdad —protestó, ofendido.

—Eso espero. Continúe, por favor —le pedí—. ¿Qué sucedió?

—Inspector Derrick, no quería confiarme con el sargento Gulk. Le conozco y... probablemente se hubiera burlado de mí. Pero lo que voy a decirle es la pura verdad. Y no voy a jurar por mi excelente esposa, Helen, ni por mis dos hijos, que, probablemente, habrán echado de menos esta noche el beso que suelo darles antes de que su madre les lleve a la cama...

—Muy bien, Bob. Dígame qué le sucedió cuando partió de Wendham, camino de Downpolks —le animé.

—*In yee*, señor Derrick —protestó Welley, con voz más serena—. Cuando vi aquel destello pensé que se trataba de un «ovni», pero... ¡la luz descendió sobre mí súbitamente! Y en aquel mismo instante, descubrí otros puntos luminosos... ¡Seis, ocho, más de una docena! Producían un zumbido semejante al de un potentísimo ventilador y evolucionaban en el aire a unos treinta metros por encima de la carretera.

Welley dijo que, amedrentado, había arrancado su moto de un pedalazo.

—Salí zumbando hacia Downpolks. Asustado, lo confieso, inspector. Pero inmediatamente percibí que las luces se aproximaban. ¡Me perseguían! Pasaban zumbando por encima de mí y se elevaban rápidamente, para volver a descender fulminantemente... hasta que uno de ellos me rozó en el hombro con tanta fuerza que perdí el equilibrio. Mi moto saltó fuera de la carretera y fui a parar a una charca. Perdí el conocimiento. Malherido, volví en mí, busqué torpemente mi moto en la oscuridad. Por fortuna, todavía funcionaba, aunque su faro estaba roto. Por encima de Charity Cross volaban las luciérnagas...

—¿¿Luciérnagas?! —chillé.

—Eso me parecieron, señor —afirmó Welley—. Despedían una luz verdosa, fosforescente... ¡como las luciérnagas! Sólo que aquellos bichos eran mucho mayores.

—¿De qué tamaño?

—Comprendo que le parezca increíble, inspector. Yo mismo creo estar soñando. Pero el bicho que me golpeó en la espalda era real y debía pesar no menos de doce kilos —testimonió Welley.

Increíble, sí. ¡Luciérnagas de doce kilos...! Sin embargo, yo había contemplado con mis propios ojos al monstruo que destrozase el taxi de Glen Hunter. Ya no era, pues, hora de dudar, si no de paliar el desastre que parecía abatirse sobre la comarca de Downpolks y quién sabe si sobre la superficie entera de las Islas Británicas...

—Siga, por favor —pedí a Welley, pues me interesaba conocer todos los detalles de su aventura nocturna.

—Poco tengo que añadir —respondió el policía—, excepto que una hora más tarde conseguí alcanzar el puesto de Townbridge. Creo

que fue el faro roto lo que me libró de la persecución de esos bichos. Indudablemente era la luz de mi moto lo que les atrajo. En la oscuridad, hube de avanzar carretera adelante prácticamente al paso, por eso tardé tanto en llegar. Quisiera pedir instrucciones al sargento Gulk...

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—Verá, inspector: no tengo la esperanza de que los militares logren afianzar ese puente en pocas horas. Si quiero llegar a Downpolks, tendría que dar un enorme rodeo, hacia el norte, por la carretera que cruza el río a setenta kilómetros de la destruida Trempslide Dike. Con esta herida en la cabeza, me siento demasiado débil para conducir mi moto durante casi doscientos kilómetros.

Consulté a Gulk con la mirada. Welley gritaba tanto que el sargento había oído perfectamente sus últimas palabras.

—Dígale que... se quede hasta que los pontoneros permitan cruzar el río —gruñó Gulk. Y yo transmití sus indicaciones al excelente Bob Welley.

—Muy bien, no me moveré de aquí —afirmó aquél. Yo iba a colgar ya cuando le oí decir:

—¡Espere! Acaban de traer a una mujer. Malherida, según veo. No cuelgue: trataré de informarme.

Volvió tres minutos después.

—Es una mujer bellísima. Según parece, conducía un pequeño automóvil desde Wendham. Se llama Jean Lamport —declaró.

—¿Lamport? —respingué—. ¿Está seguro de haber oído bien?

—Señor, si alguien se equivoca es ella. Le he oído pronunciar ese nombre cuando un médico del ejército se disponía a hacerle una cura de urgencia.

—¡Dios santo! —murmuró, angustiado.

Capítulo 8

APENAS podía creerlo. ¿Pero qué hacía aquella loca en la carretera, de madrugada y conduciendo un automóvil, cuando apenas hacía dos semanas que le entregaran el permiso de conducir?

¡Malherida...!

El atento Gulk, al que acababa de dar cuenta de las últimas noticias llegadas de Townbridge, comprendió mi estado de ánimo y puso en mi mano una copa de brandy caliente que bebí de un trago.

Inmediatamente volví a llamar al puesto de policía, y pedí que se pusiese al aparato el agente Welley.

—¡Bob! —grité—. ¡Tiene que conseguirme más noticias acerca de esa mujer, Jean Lamport! ¡Se lo ruego!

—¿Tanto le interesa esa joven, señor?

—Bob, es mi... mi prometida —murmuré.

—¡Su prometida! —se alarmó Welley—. Voy a ver qué puedo averiguar, señor.

Tardó diez minutos en ponerse al aparato. Diez minutos que se me antojaron tan largos como diez días.

—No he podido averiguar gran cosa, señor, excepto que su accidente ha sido más aparatoso que dramático. Una grúa del ejército, acaba de traer su coche, un «Mini-1000» casi destrozado...

Me atraganté de inquietud.

—¡Siga!

—El cristal parabrisas está hecho añicos. Se me está ocurriendo...

—¿Qué?

—¡Sí, por qué no! ¡Las luciérnagas!

—¿Quiere decir que... esos bichos destrozaron el parabrisas? —chillé.

—Es, simplemente, una hipótesis mía, señor. Pero pudo ocurrir: quizá las luciérnagas chocaron contra el coche, atraídas por las luces de los faros. Roto el parabrisas, es fácil imaginar que la señorita Lamport perdió el control del vehículo, que saldría disparado fuera de la carretera y, probablemente, volcó.

—¿No ha averiguado nada más? ¡Me refiero a su estado!

—insistí.

—Los sanitarios militares la están atendiendo, en una habitación próxima. No me han dejado entrar, aunque uno de los soldados me ha asegurado que la señorita Lamport empieza a recuperarse.

Suspiré.

—Se lo ruego, Bob. No se mueva de ahí, indague, pregunte, averigüe, esté al tanto de lo que ocurre con la señorita Lamport. Nunca se lo agradeceré bastante —supliqué.

—Nada tiene que agradecerme, señor. Le juro que estaré al tanto y le telefonearé en cuanto tenga noticias. Tranquilícese, inspector. Parece que las lesiones de su prometida no son tan graves —respondió.

Colgué y marqué el número de la central de policía de Wendham. En la centralita telefónica, el operador me comunicó inmediatamente con el domicilio del superintendente Howard, que en aquel momento se disponía a abandonar su casa en dirección a su despacho oficial.

—¿Derrick? Siento tener que darle una noticia desagradable, muchacho. Se trata de su madre. Enfermó de madrugada, sufrió un colapso... Tenga valor, Kent. Su madre tenía ya casi ochenta años y estaba delicada...

—¿Ha muerto? —pregunté con voz ronca, que ni siquiera reconocí como mía.

—Sí. Según me ha explicado su hermana, la señora Dearson, su madre sólo volvió en sí unos minutos. Murió dulcemente, sin sufrimientos. Bien, Kent: puede imaginarse cómo lo siento.

—Gracias, señor —respondí. Y las lágrimas brotaron de mis ojos, en contra de mi voluntad.

—Quédese en Downpolks. Enviaré a uno de nuestros helicópteros a recogerle, para que pueda asistir a los funerales. Tengo noticias de que el puente sobre el Salmons River ha sido destrozado por una furiosa avenida, por lo que Downpolks ha quedado aislado de Wendham.

—Sí, así es, señor. Pero eso no es lo peor: mi prometida, Jean Lamport, está herida en el puesto de Townbridge. Imagino que se dirigía a Downpolks para darme la noticia del fallecimiento de mi madre. ¡Ha sido una condenada noche de pesadillas! Pero en fin, ya lo sabrá todo a través de mi informe, superintendente.

—Ahora no se preocupe más, Kent. Aguarde el helicóptero. Daré instrucciones para que el piloto del aparato descienda también Townbridge y trasladen a Wendham a la señorita Lamport.

—Perfectamente, señor. Le quedo muy agradecido —respondí.

Cuando colgué, el sargento Gulk estrechó en silencio mi mano. Había escuchado mi conversación con el superintendente Howard y comprendía mi estado de ánimo.

Me ofreció una nueva copa de brandy y propuso:

—Salgamos. Le llevaré en el «Land-Rover» al campo de fútbol local. Es el único lugar donde puede aterrizar un helicóptero.

En la calle, estaba helando, literalmente. El chorro de frío polar que soplaba del norte auguraba una gran nevada en el plazo de pocas horas.

—Tal vez sea preferible —pensé—. Caso contrario, las aguas desatadas del Salmons River anegarán miles de kilómetros de las

tierras bajas.

Tiritaba de frío cuando subimos al «Land-Rover», cuyo motor tardó más de lo acostumbrado en arrancar. Luego Gulk condujo hacia el norte a través de las solitarias calles de Downpolks. Vimos algunas puertas abiertas... Sus propietarios no se habían preocupado de cerrarlas tras emprender una huida loca y precipitada.

Me sentí triste y desolado. Desolación era lo que contemplaban mis ojos. Aquel pueblecito limpio y alegre, se había tornado en el plazo de unos días sucio, silencioso y amenazador.

El coche pasó raudo ante el chalet de los Hunter. Giré la cabeza y dirigí una rápida ojeada a la torre del templo metodista, desmochada ahora, desgajada por un monstruo alado su airosa espadaña.

Cruzamos la carretera y Gulk condujo a lo largo de un caminito arbolado. Al final estaba el campo de fútbol, en el que penetramos después de que Gulk recorriese el cerrojo de la verja de entrada.

A la incierta luz del amanecer, distinguimos algo que se movía lentamente al otro extremo del campo de fútbol.

La silueta se debatía entre el cordaje de la red de la portería más alejada.

En un principio, imaginamos que se trataba de una persona. Cubierta de barro, aquella criatura tenía unos dos metros de altura...

Pero a medida que nos acercamos, chapoteando sobre los charcos que cubrían el verde césped, advertimos que no se trataba de una persona.

¡Es... es... uno de esos bichos! —exclamó Gulk, paralizado por la sorpresa y el temor.

Saqué mi pistola y nos acercamos paso a paso.

La pequeña cabeza, las cortas antenas, los larguísima brazos — patas, en realidad— que se unían delante en actitud de súplica, el largo tronco, las cortas alas...

Era un monstruo verde, aunque' completamente cubierto de lodo. Se movía aún lentamente. Pero sus movimientos parecían agónicos...

—¡Mire! —susurró el sargento—. Se ha arrancado dos patas en sus intentos por soltarse de la red.

Era cierto, en el charco se veían las dos enormes patas verdosas, desgajadas del estrecho tórax.

Sentí, de pronto, una intensa repugnancia. No era ya miedo, no. Asco era lo que sentía.

De repente, apunté y comencé a disparar. Los estampidos de mi pistola resonaron, ensordecedores, repetidos por el eco de los muros del estadio.

El monstruo movió levemente las patas y luego quedó inmóvil. De su abdomen, destrozado, goteaba un líquido espeso y negruzco, capaz de provocar arcadas.

—Está muerto —dijo Gulk, con un suspiro.

Un momento después volvíamos al coche.

—Dígame. ¿De dónde saldrán estas sabandijas de proporciones monstruosas? —me preguntó Gulk, pálidas sus siempre bermejas facciones.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decirle yo? Los científicos estaban estudiando el cuerpo destrozado de un varano —¿o lagartija gigante?— y ahora disponían también de otra evidencia: la descomunal mantis que yo acababa de destrozar a balazos.

—¡Quién sabe...! —respondí, al cabo—. No hay duda de que se trata de una aberración de la naturaleza, que creó pequeños, diminutos a estos animales. Es posible que algún fenómeno incomprensible haya permitido el singular desarrollo de esas horripilantes criaturas. La verdad, sargento: no podría explicárselo. Es posible que los científicos nos den alguna explicación plausible, aunque mucho me temo que este asunto no se aclare suficientemente jamás.

En aquel momento, Gulk me tocó el brazo.

—¿No oye?

En efecto, se escuchaba el lejano *plaf-plaf* de las palas de un helicóptero. Bajamos del coche y dirigimos nuestras miradas a las alturas.

Dos minutos después un gran «Sikorsky» de operaciones especiales descendía sobre el campo de fútbol.

Estreché apresuradamente la mano de Gulk y subí al aparato, que enseguida se elevó en el aire.

—Soy el capitán Sloane —se presentó el piloto—. Aterrizaremos en un lugar próximo al puente destruido sobre el Salmons River. Tengo instrucciones de recoger también a la señorita Jean Lamport.

Asentí. Mientras volábamos hacia el este a escasa altura, pensé en mi madre, Sarah Derrick, de la que ni siquiera me había podido despedir antes de que exhalase el último suspiro.

Sólo me cabía un consuelo: tenía la seguridad de que sus últimos momentos no habían sido cruentos.

En cuando a Jean... ¡estaba ansioso por abrazarla! Interiormente me sentía pesaroso de haberla tachado de loca al saber que ella estaba herida en el puesto de Townbridge. ¡Loca... y la pobrecilla se había echado a la carretera con el único fin de informarme del fallecimiento de mi madre!

Abajo distinguimos las furiosas aguas del río Salmons. Dos de los pilares centrales del puente habían sido arrancados de cuajo por la furia de las aguas y el resto de la estructura metálica aparecía doblada grotescamente en sentido oblicuo a la corriente fluvial.

El capitán Sloane hizo descender el aparato y tomó tierra en una

explanada, a trescientos metros del lugar donde la compañía de pontoneros intentaba situar un puente de emergencia.

Corrí hacia el edificio del puesto y tropecé con el imponente Bob Welley, que ya venía a mí encuentro.

—¡Por San Patricio, señor, que las cosas no han ido tan mal! He hablado con la señorita Lamport. Se encuentra bien, gracias a Dios. Sólo una muñeca dislocada y algunas contusiones menores —anunció a gritos con su enorme vozarrón.

—Gracias, Bob. Es usted un buen amigo.

El mismo me guió hasta una de las habitaciones del puesto, donde se encontraba Jean.

Muy pálida, con una venda alrededor de la frente y el brazo derecho escayolado, se puso en pie inmediatamente que aparecí en la puerta.

—¡Kent, Kent...!

Se abrazó a mí y prorrumpió en un llanto leve, sin estridencias.

—¿Estás bien? Pequeña mía, y pensar que me indigné cuando Welley me dijo que habías tenido un accidente...

—¿Conoces la noticia de...? —escrutó mis facciones con una ávida mirada.

—Sí. ¡Pobre mamá...! Pero no perdamos el tiempo: vendrás a Wendham con nosotros en un helicóptero —le anuncié.

Di las gracias apresuradamente al médico que había curado a Jean y a los sanitarios que la habían atendido con solicitud, di una palmada en la espalda a Bob Welley y le deseé un rápido restablecimiento.

A las nueve de la mañana estábamos en Wendham. En el hospital, Jean fue examinada por un traumatólogo, a pesar de sus fervientes protestas, pues aseguraba tozudamente que se encontraba bien.

Por fortuna, tenía razón. Aparte de su muñeca dislocada y de una herida en la frente y otras pequeñas contusiones, no había motivos de preocupación.

—Vayamos cuanto antes a Summergate. Tu hermana estará preocupada por tu causa. Le hablé de tus investigaciones en Downpolks, ¿comprendes? —dijo Jean, animosa.

Esta era mi deliciosa Jean Lamport. Chispeante, agresiva, enérgica, en unas ocasiones; dulce, comprensiva y entregada cuando alguien necesitaba su ayuda.

Pedimos un taxi y nos encaminamos a casa de mi madre. En Summergate. Durante el camino, Jean me hizo un breve relato de su accidentado viaje a Downpolks.

—Lucy me llamó por teléfono a las cinco menos cuarto de la madrugada y me dio la noticia de la muerte de tu madre; me preguntó por ti: ella había llamado a tu apartamento, pero nadie tomó el teléfono. Entonces yo me ofrecí a llevarte la triste nueva...

—Pero pudiste tomar un taxi. O telefonar —protesté—. Te arriesgaste demasiado, amor mío.

Jean me dirigió una leve sonrisa de ánimo.

—Querido «Stingy», hay noticias que no se deben dar por teléfono. Es necesario entonces rodear de comprensión y afecto a la persona que recibe un mensaje tan triste —explicó con voz cálida y llena de ternura.

La besé, emocionado.

—¿Y bien, qué ocurrió? —pregunté, al cabo.

—Apenas puedo explicarlo. Descendía de una de esas colinas de extraño nombre...

—¿Charity Cross?

—Sí, ése creo que es el nombre. Algo golpeó con fuerza el techo de mi vehículo y me alarmé. Pero no vi nada anormal y seguí carretera adelante. De pronto, unas luces fosforescentes brillaron en la noche. Una de ellas se acercó fulminante hacia el coche, que mi cuñado Andrea, en un raro rasgo de solidaridad, se prestó a dejarme para el viaje. No sé nada más a partir de ahí, excepto que un fragmento de cristal golpeó dolorosamente mi frente. La lluvia penetró a través del gran boquete y me impidió la visión. Creo que el coche salió de la carretera y volcó. Un camión militar se detuvo poco después, me rescataron a hicieron volver en mí. El resto ya lo sabes.

—¡Jean! ¡Estuviste a punto de matarte! —exclamé, angustiado.

Ella sonrió animosa y pasó su brazo izquierdo sobre mis hombros.

—Pero no sucedió así, querido Kent —repuso. Y me besó con un fervor apasionado que me confortó.

Capítulo 9

FUE un acto familiar, triste y emotivo. Mi madre descansaba ya en el pequeño panteón familiar de Mount Palmer Cemetery.

A las cinco de la tarde, mi hermana, Lucy Dearson, su esposo Jack, sus dos hijos, Sally y John, algunos amigos de la familia, Jean y yo emprendimos el regreso a Wendham en varios automóviles.

Pasamos la tarde en casa de mis hermanos. Repasamos fotografías familiares, recordamos con nostalgia a nuestra excelente madre y tomamos té y una copa de licor en una emotiva velada. Más tarde, acompañé a Jean a casa de Andrea Paggio.

El irascible siciliano se comportó cordial y amablemente por esta vez. Cuando hice alusión a mi voluntad de correr con los gastos de reparación de su pequeño utilitario, Andrea me palmeó la espalda y aseguró que tal cosa no sería necesaria, puesto que el «Mini-1000» estaba asegurado a todo riesgo. Sin embargo, Andrea parecía preocupado por alguna otra razón. Y finalmente me llamó aparte y se desahogó.

—Bien, Kent... ¿Qué hay entre tú y Jean? Verás, en cierto *modo me* siento responsable de ella. Hace mucho tiempo que Jean y tú salís juntos y...

—Sonreí. ¡Mi puritano Andrea Paggio!

—Volvamos al salón. Ven —le dije tomándole por un brazo. Silvana y Jean nos dirigieron una mirada interrogativa cuando nos reunimos con ella—. Hacía algún tiempo que quería daros esta noticia, pero últimamente he estado demasiado ocupado. Veréis... El caso es que me sentiría muy honrado entrando a formar parte de vuestra familia.

—¡«Stingy»! —exclamó Jean, emocionada.

—¡Querido Kent! —gritó Silvana. Y me abrazó y me dio dos sonoros besos en las mejillas.

—¿Quieres decir que... que...? —farfulló Andrea, sorprendido.

—... que Jean y yo nos casaremos, si ella está dispuesta, cuando regrese de Downpolks.

Pero Jean me miró, terriblemente seria.

—Kent, no quiero que regreses a Downpolks. Sospecho que allí están ocurriendo cosas horribles, aunque hasta ahora no hayas querido soltar una sola palabra —dijo.

En aquel momento zumbó el teléfono de la salita próxima. Silvana fue a atenderlo y volvió enseguida.

—Es para ti, Kent —dijo—. Te llama alguien que se ha anunciado como superintendente Howard.

Entré en la salita y elevé el auricular.

—Kent Derrick, señor.

—Venga a la central, muchacho. Parece que en Downpolks están ocurriendo cosas. Hay novedades allí.

—Pero, señor: está nevando. El helicóptero no podrá llevarnos hasta allá —protesté.

—Los pontoneros han tendido un resistente puente sobre el Salmons River. Por tanto, iremos por carretera hasta Downpolks. Los militares ya están allí. Es el coronel Ketchum quien acaba de llamarme. No tarde.

Salí de la salita y miré a Jean. Sus ojos despedían chispas.

—No me digas nada, imagino que tienes que salir inmediatamente —murmuró con los labios apretados.

—Lo siento de veras. Nada me gustaría más que pasar la velada con vosotros. Pero el superintendente quiere que le acompañe a Downpolks. Y debo obedecer —declaré.

De repente, mi deliciosa Jean se lanzó a mis brazos y me abrazó y besó con convulsiva desesperación.

—¡Por lo que más quieras, Kent, cuídate! —gimió.

—Claro que lo haré. No temas. Te llamaré en cuanto pueda —respondí. Y salí apresuradamente para no ver las lágrimas en las mejillas de Jean.

* * *

—¿De qué se trata? —inquirí.

—Ketchum no ha sido muy explícito. Se limitó a decir que había realizado un hallazgo que nos sorprendería —respondió Howard.

Viajábamos en un gran camión militar dotado de doble puente trasero y tracción total, muy útil para viajar sobre las rutas heladas.

—Tengo otras noticias para usted, Kent. En relación con los restos de ese reptil que recogió el sargento Gulk. No se trata de un varano de Komodo, según los expertos zoólogos que lo han examinado, sino... de una lagartija gigante.

—Lo imaginaba... después de contemplar al escarabajo gigante en el garaje de Glen Hunter y, posteriormente, la descomunal mantis que maté a balazos en el campo de fútbol de Downpolks —respondí, desorientado.

Encendí un cigarrillo, nervioso.

—Y bien, señor —dije, tras una pausa—. ¿Cuál es la opinión de los científicos en relación con esa plaga que asola Downpolks y su comarca?

—Se sienten tan desorientados como nosotros. No pueden explicarse el fenómeno razonablemente. He leído su informe: hablan de curiosas teorías, del mecanismo físico que controla el crecimiento en los primeros meses de vida y de una disfunción de este mecanismo.

Es igual a decir, con palabras sencillas, que un ser humano llegaría fácilmente a los veinte metros de estatura si siguiera desarrollándose al ritmo de los primeros doce meses de su vida.

—¿Y tal cosa es posible?

—En teoría, sí, según el informe, en determinadas condiciones. De todas formas, se trata de analizar todas las posibilidades. Nada seguro, como verá.

—Ya —murmuré, tan confuso como antes.

Llegábamos al puente sobre el Salmons. La verdad era que los militares se las habían arreglado para tender un puente sobre balsas y dos pasarelas para personas, colgadas de fuertes cables.

El camión rodó sobre el puente y sólo se produjo un leve balanceo apenas perceptible. De todas formas, dejé escapar un suspiro cuando el vehículo rodó sobre tierra firme.

A cada dos kilómetros, los militares habían establecido puestos de control. Centinelas armados de fusiles ametralladores examinaron nuestra documentación y nos permitieron proseguir el viaje.

Muy cerca de Downpolks y a escasa distancia de Barley Mili, el camión aminoró la marcha cuando vimos brotar una gran llamarada entre los árboles.

Al acercarnos aún más, vimos a los soldados que estaban prendiendo fuego a un informe montón de cuerpos impregnados en gas-oil. La potente lengua ígnea prendió en pocos minutos el gas-oil y enseguida se elevó una gran llamarada, que incendió la pira y expandió en el aire un hedor nauseabundo.

—¿Qué es lo que hacen? —preguntó el superintendente, tras identificarse ante un suboficial.

—Estamos quemando esos asquerosos bichos. Los hay por todas partes. Muertos desde luego. Parece que la baja temperatura ha acabado con esa plaga —nos informó—. Naturalmente, seguimos las instrucciones del alto mando.

Howard y yo intercambiamos una mirada de asombro.

Desde luego la temperatura era bajísima, de unos quince grados centígrados bajo cero. Y los continuos partes meteorológicos no eran muy optimistas al respecto: al parecer, la ola de frío iba extendiéndose progresivamente hacia el sur y las perspectivas eran que las temperaturas nocturnas seguirían descendiendo aún.

Los charcos, las lagunas, los torrentes y los fangales se habían helado. Incluso el Salmons River comenzaba a helarse.

—Así, pues, parece que la providencia nos ayuda —comentó Howard, frotándose las ateridas manos.

—Ojalá —respondí, ferviente.

A la entrada de Downpolks nos aguardaba el agente motorizado Bob Welley. A pesar del vendaje que se veía bajo su casco, se sentía

suficientemente animado como para guiarnos hasta el lugar donde se encontraban el coronel Ketchum y el sargento Gulk.

—¿Dónde se encuentra ese lugar, Bob? —le pregunté.

—¿No conoce los géiseres de Clifton Valley, inspector?

—me dijo—. Hay allí unas profundas cavernas donde, al parecer, los militares han encontrado algo interesante. El valle de Clifton se halla a unos quince kilómetros dirección oeste, más allá de Springville. Pero no perdamos el tiempo. Díganle al conductor del camión que me siga.

Welley arrancó la moto de un fuerte pedalazo y nos precedió.

Ya en la carretera a Springville, vimos brillar en la oscuridad varias hogueras. Los militares trabajaban sin descanso en aquella desagradable labor de recoger los cuerpos de los bichos, amontonarlos y quemarlos hasta que de los extraños monstruos sólo quedase un pequeño montón de cenizas.

Habríamos avanzado unos diez kilómetros, cuando Bob Welley hizo una señal con el brazo izquierdo y se desvió en la misma dirección.

Supuse que rodábamos sobre un camino, aunque la espesa nieve lo cubría todo, de modo que era muy difícil orientarse en mitad de la noche. Por fortuna, todavía se distinguían rodadas de vehículos pesados, que Bob Welley iba siguiendo escrupulosamente para no extraviarse en aquellas soledades.

A veces descubríamos un gran bulto oscuro y verdoso bajo la nieve. Pero los soldados del coronel Ketchum se encargarían de recogerlos y eliminarlos.

—¿Tiene alguna idea sobre lo que han encontrado los militares en esas cavernas? —pregunté a Howard para hacer menos tedioso el monótono y lento viaje.

—¿Cómo puedo saberlo? Sólo me dijo que su hallazgo nos sorprendería. Tal vez no se atrevió a decirnos la verdad, por teléfono —respondió mi jefe.

Los faros del camión provocaban destellos brillantes en los barrancos helados. Poco a poco el terreno se iba tornando más áspero, rocoso y desolado. Vi en la lejanía unos promontorios rocosos, oscuros, que apuntaban una de esas atormentadas geografías cárticas.

Sentía hambre y tenía frío, por lo que añoré una velada en casa de Andrea Paggio, en compañía de mi encantadora Jean Lamport. Ellos se encontrarían ahora reunidos en la acogedora salita, viendo un programa de televisión o quizá cenando y saboreando unas copas de fragante oporto, después del aperitivo. Y yo...

Fumé un cigarrillo detrás de otro. Sin advertirlo, una sutil niebla comenzó a envolvernos. Al principio fue apenas una alfombra brumosa que flotaba a escasa altura, pero luego el vapor se espesó

ante nosotros, de tal forma que el piloto trasero de la moto de Welley apenas se veía brillar como la diminuta brasa de un cigarrillo.

—Hágale señales con las luces —indiqué al conductor—. Welley se está alejando demasiado y podríamos perderle de vista.

Un momento después, Welley se detenía. El conductor del camión frenó junto a él y yo saqué la cabeza por la ventanilla.

—Vaya más despacio, Bob —le pedí—, ¿De dónde proviene esta espesa niebla? —le grité, para hacerme oír por encima del estrépito de los motores.

—Son los géiseres, señor —respondió, en el mismo tono—. Uno de ellos arroja un chorro de agua caliente a treinta metros de altura. El agua se transforma rápidamente en vapor en un ambiente helado como éste y la niebla lo invade todo. ¿Puedo continuar? Las cavernas están a poco más de un kilómetro.

—¡Adelante! —exclamé.

El vehículo tornó a ponerse en marcha a la zaga de la moto de Welley.

Cruzamos a poco más de sesenta metros del gran geiser que lanzaba a las alturas su chorro de agua candente, y seguimos adelante. En dos ocasiones pasamos ante pelotones de soldados que vigilaban la ruta.

Luego, la moto de Welley ascendió penosamente por una trocha pedregosa y el camión escaló la cuesta en pos del policía.

Finalmente, Welley se apartó a un lado y bajó de la moto.

—Hay que seguir a pie —nos dijo.

Ascendimos trocha arriba entre los vigilantes y vehículos militares estacionados a izquierda y derecha. Un teniente nos guió hasta la entrada de una caverna. Habían instalado allí un grupo electrógeno sobre un jeep, que iluminaba claramente la entrada a la gruta.

En aquel momento vi al sargento Gulk.

—¿Qué hay ahí dentro, sargento? —le pregunté con tensa avidez.

—Será mejor que lo vea con sus propios ojos, señor

—respondió, con un hilo de voz. Y advertí que su rostro estaba tan pálido como la nieve que cubría las rocas próximas—. Pero le diré una cosa: los hombres del coronel Ketchum dieron el alto al profesor Alloysius Blickman, que se introdujo en esa caverna y... se despeñó en un pozo de más de cien metros de profundidad. ¡Vayan, vayan! —agregó con voz desmayada—. El coronel les explicará...

CAPITULO 10

LA temperatura ascendió brutalmente en cuanto penetramos en la caverna.

Precedidos por un oficial, descendimos a lo largo de una amplia e irregular galería inclinada. Las paredes rocosas destilaban humedad y en el aire flotaba una neblina lechosa que, al ser atravesada por los potentes focos, se descomponía en enigmáticos tonos irisados.

Había soldados por todas partes que portaban explosivos y grandes carretes de cables conductores. Algunos hombres estaban tendiendo una línea eléctrica.

—¿Qué hacen? —pregunté, intrigado, al teniente que nos precedía.

—El coronel les informará —respondió. Y añadió—. Ya estamos llegando.

Nos detuvimos en una gran rotonda de alta bóveda. Brillantes concreciones de minerales de diversos colores descendían hasta el suelo en aquel lugar. En el distante fondo se veían redondas aberturas que debían corresponder a otras tantas galerías subterráneas. Y allí se encontraba el coronel Ketchum, un hombre alto y delgado que se acercó a nosotros en cuanto nos vio.

—¿Qué ocurrió con el profesor Blickman? —le pregunté, impaciente—. El sargento Gulk nos dijo...

—No estamos seguros de la identidad del hombre que penetró en la caverna cuando mis hombres trataron de detenerlo. Aunque, según la descripción que Gulk hizo del profesor Blickman, debió ser ese individuo el que disparó varias veces sobre mis soldados. Le seguimos hasta estas galerías. Miren allí —señaló una oscura boca en la superficie rocosa—. Corría enloquecido cuando se despeñó. Hemos intentado rescatar su cadáver, pues parecía evidente que debió destrozarse al caer hasta el fondo de un pozo de más de cien metros de profundidad, pero resultó imposible. ¿No perciben el ambiente? Es venenoso, deletéreo. De todas formas, Gulk nos ha ofrecido la clave del misterio.

—Explíquese, por favor —pedí a Ketchum.

—El profesor Alloysius Blickman, siempre según el testimonio del sargento Gulk, adquirió un viejo edificio en Downpolks hace unos tres años. En el verano siguiente, toda la comarca se vio materialmente asaltada por una plaga de moscas y tábanos que pronto se transformó en un peligro cierto para la comunidad. Gulk y los vecinos de Downpolks averiguaron que el biólogo Blickman se dedicaba a extraños y peligrosos experimentos biológicos en el edificio llamado Red House. Blickman experimentaba con insectos, ¿comprenden? Él

era la causa de que desconocidas plagas de molestos insectos asolaran la comarca. Una moción conjunta arrojó a Blickman lejos de Bownpoiks, que desapareció de la ciudad. Nunca más se le vio. Pero el resto es fácil de adivinar. Blickman, rencoroso, se dedicó durante tres años a sus experimentos hasta... crear una generación de monstruosos bichos. Creo que sólo lo hizo como venganza contra los vecinos de Downpolks que le expulsaron de la localidad.

Callamos, profundamente impresionados. Todo parecía ahora tan fácil —¡y tan difícil!— de entender. En cualquier caso, Blickman, aquel perturbado, había muerto.

—Vengan conmigo. Quiero mostrarles algo —nos invitó el coronel Ketchum.

Caminamos a lo largo de una resbaladiza galería. Hasta que el coronel, con precaución, nos detuvo al borde de una sima.

A un gesto de Ketchum, adelanté el cuerpo y miré. Quedé horrorizado al contemplar aquel enjambre de traslúcidos cuerpos verdosos, rosados y grises que se movían con inquietante lentitud en el fondo.

—Todas esas aberturas —señaló Ketchum con un gesto— corresponden a otros tantos nichos muy espaciosos donde pululan centenares de insectos de diversas especies e incluso diminutos saurios en estado de desarrollo intermedio —el coronel también parecía asustado. O mejor: asqueado—. Pero hay más. ¿Quieren seguirme?

Nos precedió hasta otro de aquellos profundos nichos. Nos asomamos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al divisar las sinuosas formas reptantes que se movían con gran lentitud allá abajo. No quisimos ver más: el espectáculo era tan repugnante y asqueroso que nos repelía.

—Entonces... ¿piensan volar todo esto? —me atreví a preguntar a Ketchum.

—Sí. Inmediatamente —respondió.

—Pero... esas monstruosas larvas... ¡pueden interesar a la Ciencia! —protesté.

—Es posible, inspector Derrick —contestó, hermético—. Pero las órdenes que acabo de recibir del Alto Estado Mayor son terminantes: debo volar este lugar y destruir esas repugnantes criaturas. He tenido en cuenta su punto de vista, Derrick. Pero también comprendo a las autoridades. Sencillamente, temen que el pánico cunda en todo el país.

Retrocedimos a lo largo de las húmedas galerías y empecé a sentirme mejor cuando aspiré el aire fresco de Cliffton Valley.

Poco después nos alejábamos de aquella zona. Los soldados subieron a sus vehículos. Desde el último jeep se tendió una línea eléctrica.

A un kilómetro de distancia el destacamento se detuvo y Ketchum dio la orden de proceder a la voladura. Yo fui testigo de ello: a través de la niebla surgió un resplandor cegador, de color anaranjado. Los acantilados rocosos se hundieron y las rocas y el polvo cubrieron las profundas simas.

Cuando todo quedó en silencio, el superintendente y yo emprendimos el regreso a través del valle velado por la niebla.

* * *

Durante una semana, numerosos efectivos del ejército patrullaron y registraron una extensa comarca, incluido el lago Bigtrees, que fue desecado por completo.

Sorprendentemente, no se hallaron más que casi un millar de grandes lucios, algunos de los cuales pesaron hasta dieciséis kilogramos.

Muchas veces me pregunté si habrían sido estos grandes peces los «monstruos» que devoraron la vaca de Tom Hughes y el «bóxer» de Dave McKinter. En cualquier caso, nadie pudo demostrar una cosa u otra. Finalmente, los lucios fueron devueltos a Bigtrees Lake.

Durante muchos días, grandes hogueras brillaron por la noche en las extensiones heladas que rodean la ciudad de Downpolks. Después, los habitantes del pueblo fueron regresando paulatinamente, una vez reanudada la normalidad y seguros ya de que no se produciría ningún incidente desagradable.

Bob Welley se restableció en pocos días y mi amigo, el admirable sargento Gulk, atiende puntualmente su cargo de jefe de policía... entre copa y copa de aromático jerez.

En cuando a mí deliciosa Jean... Sólo esperamos que el médico decida retirarle la escayola de su brazo derecho para casarnos.

Pero yo me siento demasiado impaciente. No comprendo por qué ella no demuestra la menor prisa por acelerar los trámites de la boda.

Esta noche he decidido llevarla a cenar a «Bianchi». He ido a buscarla a Goodman y la he llevado al restaurante en mi «Morris-L300».

He sonreído —necesariamente— cuando ella ha tomado en sus manos la carta.

Pero ha sucedido algo increíble: Jean se ha limitado a elegir un menú muy discreto.

Empezamos a cenar. Y le noto cierta torpeza al empuñar los cubiertos con la mano izquierda.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, solícito.

—No acabo de acostumbrarme a comer con la izquierda, querido —responde, insinuante.

De pronto, acabo de comprender por qué no demuestra interés en

nuestra boda hasta que el médico le retire la escayola... ¡No quiere privarse de gozar intensamente en el banquete nupcial!

De modo que ya lo saben: en cuanto mí amada «Glutty» pueda manejar convenientemente los cubiertos, nos casaremos.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



**APASIONANTES
TEMAS
PARA EL MUNDO
DE HOY**

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.

NOTAS

1 En inglés: agarrado, avaricioso.

2 Diminutivo de la palabra inglesa *glutton*, que designa a las personas especialmente glotonas

3 «Hambriento», en inglés.

4 Saurio muy voraz, de gran tamaño. En Borneo, Sumatra y Java. El mayor de ellos, *el varano gigante*, mide algo más de tres metros de longitud y vive en la isla indonésica de Komodo. Muy peligroso, pues suele atacar a mamíferos de su mismo peso e incluso superiores.